REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVIII — San José, Costa Rica — **1934** — Sábado 21 de Abril — Núm. 15

Año XV. No. 679

SUMARIO

Releamos a Renán

Por DANIEL HALEVY

= De *La Nación*, Buenos Aires, Rep. Arg. =

Me agrada releer los Diálogos Filosóficos de Renán. Escritos en 1871, cuando el ejército alemán acampaba a las puertas de París, de un París revolucionario que luchaba contra el Estado refugiado en Versalles, en uno de los momentos más trágicos de la historia, es un bello testimonio de esa época extraordinaria. Se trata apenas de un libro, de la mitad de un libro, de un juego rápido surgido al correr de la pluma. Pero ¡qué correr y qué pluma! Una concentración de las ideas y las esperanzas del siglo XIX y, al final, una mirada penetrante al porvenir trágico que anunciaba al mundo este doble acontecimiento: el primer triunfo de la grandeza prusiana, obtenido por una guerra total, y el primer triunfo de la revolución proletaria, obtenido mediante un ensayo de revolución, de destrucción total.

Y en la última página, lo siguiente:

"Dentro de unos años—dijo Philathete, uno de los interlocutores imaginarios de Renán—si existimos y si hay algo que existe aún, podremos reanudar estas cuestiones y ver en qué se ha modificado nuestra manera de considerar a la humanidad".

Esta incitación me ha hecho meditar muy a menudo. Cierto que nos agradaría escuchar de nuevo a esos conversadores del siglo último. ¿Unos años? Ese era el tiempo que se fijaban para justificar una segunda entrevista. Renán murió en 1892; dejó, pues, transcurrir más de veinte años sin llamar otra vez a sus amigos. Es posible que hubieran tenido éstos muy poco que decirse en un mundo aparentemente pacificado, pobre en experiencias nuevas. Pero actualmente, en nuestra Europa angustiada y que corre al abismo, seguro que podrían retornar y rectificar o ampliar su pensamiento. ¿Deberé confesar que he tenido una idea temeraria? He querido reintegrar a nuestro medio a esos seres creados por Renán: Philathete, Eudoxio, Eutyphron, Theoctiste, tan sabios y tan sensatos, tan apasionadamente atentos al destino y al futuro del hombre. He regresado a Versalles. He vagado por las desiertas avenidas del Trianón donde Renán les había escuchado. No he podido, empero, encontrarlos. Por Renán se habrían tomado la molestia de acudir; por mí no han acudido. He vuelto a mi casa decepcionado, pero no curado de mi curiosidad, y obstinadamente preocupado por las palabras que no me fué dable oír.



Ernesto Renán
(Como era poco antes de morir)

Hicieron bien. No hubiese yo podido prestarles el verbo abundante, la rica fantasía que Renán les dió con tanta generosidad. Me queda el recurso de pensar en ellos, de reflexionar sobre ellos.

Se habían encontrado tres veces. La primera, definieron sus certidumbres; la segunda, investigaron lo probable; la tercera, dieron rienda suelta a su imaginación. Certidumbres. Probabilidades. Sueños: bello y sólido plan, digno por todos aspectos del excelente alumno de San Sulpicio que fué Renán. Pero hoy sucede algo inesperado: al cabo de sesenta años, la economía del plan se invierte. Las certidumbres se han derrumbado, arrastrando en su caída a las probabilidades, de las que eran premisas. En cuanto a los sueños, ocurre lo contrario: su libertad se tropieza a intervalos con la verdad tal como la vemos actualmente todos nosotros, y tan exactamente a veces que mueve a extrañeza.

Certidumbres. Peligroso anuncio... ¿Cómo Renán, que se tenía por escéptico, pudo escribir esa palabra densa? Porque no era más que imperfectamente escéptico. Se enorgullecía de serlo, pero estaba equivocado. Escapado del seminario a los veinticinco años, había encontrado y aceptado las evidencias del siglo, había creído en la Razón reina del universo, redentora de los hombres. Era esa la creencia común, y Renán la abrazó y le guardó fidelidad desde el fondo de su corazón. Pero en ninguna parte expuso su credo con más fuerza que en los Diálogos. Sospecho que hubo en ello algo deliberado. El acontecimiento brutal amenazaba turbar su pensamiento, y él se defendió contra la intrusión. El acontecimiento no era más que un episodio sin derechos sobre su pensamiento, y su pensamiento, por el contrario, tenía derechos sobre él. El universo, ese trágico universo que acababa de mostrar sus grietas, seguía siendo el objeto de la adoración de Renán; el universo, gobernado por esas leyes que el matemático calcula y que son reflejo del pensamiento divino, sombra de ese pensamiento sobre la multitud obediente de los átomos; el universo, atravesado, alzado por ese impulso vital que construye las jerarquías de las especies vivas, afanado sin tregua en producir seres más conscientes, más capaces de desarrollar

en sí mismos esa inteligencia racional de las cosas que—cuando es suprema—se confunde con el ser de Dios, que es el mismo Dios. Dios no es, pero Dios se hace, escribe Renán, y la razón, es decir, el orden, triunfará finalmente sobre el desorden de las cosas.

Todo esto, que era cierto o probable en 1871 para Renán, se ha derrumbado. Las leyes de la Naturaleza, acosadas, han perdido ese rigor y esa majestad que les eran atribuídos desde Galileo a Berthelot. Su exactitud tiene un límite. Pasado un cierto número de decimales, el matemático ha de considerarse impotente. Esas leyes no son ya en modo alguno reflejo del pensamiento de Dios. Hay que arrebatarles ese prestigio. Esas fórmulas a las que llamamos leyes no son otra cosa que vistas de realidades lejanas tomadas por nuestro espíritu, y su rigor aparente proviene de ese alejamiento mismo, que nos oculta los detalles. Imaginad un tren que pasa por el campo; le contempláis, admiráis la rectitud de su marcha. Pero no existe tal rectitud. Transportaos con el pensamiento al interior de uno de esos vagones que ruedan tan rectos, y en vez de la rectitud sentiréis la vibración, la multitud de choques rebeldes a toda fórmula. Lo mismo sucede con las leyes físicas. No expresan más que unos promedios que encubren una realidad infijable y problemática.

En cuanto al impulso vital (ese dios confuso nos ocupa siempre), habrá de cambiar el curso de su acción. Pues que la matemática ha perdido su carácter divino, la evolución no tendrá ya por objetivo la producción de seres cada vez más desprendidos de la realidad viva, cerebros puros destinados a comprender al universo abstracto. Le será preciso buscar otras finalidades, y quizá las halle en dominios que no son los nuestros. Esa persuasión, tan firme en nosotros, de que el hombre es la finalidad de la naturaleza, no existe más que a causa de nuestra ignorancia y nuestra vanidad. Somos en la materia parte y jueces, jueces incapaces de comprender el alegato de la parte contraria. El hombre puede perfectamente ser apartado del universo, con su sublimidad y sus taras. Si la abeja de corazón misterioso prosigue en él su tarea, libando en las flores los elementos de la cera y la miel incorruptibles; si el ruiseñor permanece en él saludando a la noche y la alondra saludando a la aurora, comprenderé yo sin esfuerzo que Dios no eche de menos a esa especie agitada, y que la extinción de ella le parezca, por él y por el universo, más el final de un discurso que un desastre.

Dejemos las certidumbres y las probabilidades, y oigamos soñar a los amigos de Renán. Todo cambia ahora. El objeto de sus reflexiones no es la metafísica, en la que Renán no es más que un aficionado, sino la historia, en la que es maestro. Historiador, no desdeña la experiencia. La Comuna de París le demuestra el terrible poder que la sociedad moderna confiere a las masas, a las muchedumbres materializadas, y la guerra, por otra parte, le ha mostrado en plena acción la reciente y poderosa obra maestra que es el ejército prusiano. Esas apariciones formidables hacen pensar a Renán. Las masas necesitan ser subyugadas. Con su inconducta, París lo prueba así. Y se da la circunstancia de que el instrumento capaz de esa subyugación existe: Prusia, con su creación militar, lo prueba también así. Los tiempos modernos, que creíanse vocados al liberalismo, proporcionan a la autoridad unos medios de acción desconocidos de antaño. Las armas sabias nos retrollevan a la Edad Media, en la que veintisiete caballeros forrados de hierro alzaron una barrera en el puente de Meaux y detuvieron y masacraron a la multitud campesina soliviantada. ¿Qué habría dicho Renán si hubiese visto nuestros tanques, nuestros aviones, terror de las ciudades? No hubiera podido decir nada mejor, porque había visto claro.

Cierto que el error se mezcla a la verdad en su visión, y la fuente de ese error sigue siendo su racionalismo. Las autoridades temibles que la humanidad tendrá que soportar, Renán cree que estarán sometidas a la autoridad de los hombres de ciencia. Serán jefes, porque sólo ellos sabrán manejar las armas que inventarán. "La élite de los seres inteligentes—escribe—, dueña de los más importantes secretos de la realidad, dominará el mundo por medio de los poderosos medios de acción que tendrá en su poder, y hará que reine la mayor razón posible". Ahí está el error, el sofisma racionalista. El hombre de ciencia tiene vocación de investigador, no la del comando. Es apto para explorar lo real, no para inspirar la reforma. Es capaz de perfeccionar unos métodos de investigación, no de imponer un Decálogo. El hombre de ciencia es un contemplador excluído de la raza de los amos. ¿De dónde surgirán estos amos? Renán lo adivinó, como la experiencia nos lo dice actualmente. Surgirán de las muchedumbres, serán los mesías que darán acento y voluntad a las grandes realidades del orden social, el Estado, la raza, el pueblo. La solución democrática perderá todas sus probabilidades. El porvenir pertenece a los oligarcas, a los monarcas. Los oligarcas serán unos sectarios que gobernarán por el terror. Los conocemos ya: los comunistas, fascistas o nazistas.

Los monarcas—escribe Renán—serán unos individuos a quienes las masas venerarán como a divinidades. Sabemos sus nombres: Lenín, Mussolini, Hitler. "A veces tengo un mal sueño—prosigue Renán—y es el de que pudiera muy bien ocurrir que una autoridad tuviese a su disposición el infierno, no un infierno quimérico acerca de cuya existencia carecemos de pruebas, sino un infierno real". Conocemos también hoy esos infiernos: son la Siberia, los campos de concentración, las islas.

Renán ofrece precisiones singulares hasta en el detalle. "Las tiranías positivistas de que hablamos sentirían pocos escrúpulos en mantener en cualquier cantón perdido del Asia un núcleo de baquires o de calmucos exento de repugnancias morales y listos para todas las ferocidades". Es el comunismo ruso, exactamente adivinado. Y añade: "Poder espiritual, monarquía, nobleza, legitimidad, superioridad de raza, pueden renacer por obra del hombre y de la razón. Parece que si una solución semejante se produce en un grado cualquiera en el planeta Tierra, es por Alemania por quien se producirá..., por el genio de Alemania, que se preocupa poco de la igualdad, y aun de la dignidad de los individuos, y que tiene ante todo por objetivo el aumento de las fuerzas intelectuales de la especie. Suprimamos el término "intelectuales", que impide a Renán la anticipación de ser totalmente exacto, y tendremos a la Alemania moderna, con su jefe idólatra, sus disciplinas rituales, sus excomuniones racistas y el acero esterilizador de sus cirujanos.

Renán ve con igual claridad lo difícil que habrá de ser en un mundo así transformado la situación de Francia, adentrada con tanta pasión en las vías opuestas del liberalismo humano: "Si la última palabra de las cosas es que los individuos disfruten apaciblemente de sus pequeños destinos consumados, lo cual es posible, después de todo—escribe—será la Francia liberal quien tenga razón, pero no será este país el que logre jamás la gran armonía o, si se quiere, la gran servidumbre de conciencia de que hablamos". Será antes bien, repite, Alemania. Y en otra parte dice, contradiciéndose él mismo: "Dulzura, benevolencia para todos, respeto a todos, amor al pueblo, afición al pueblo, bondad universal, amabilidad para con todos los seres: he aquí la ley segura que no engaña. ¿Cómo conciliar tales sentimientos con la jerarquía de hierro de la naturaleza y con la creencia en la soberanía absoluta de la razón? No lo sé..."

En 1933, Francia y los franceses, como su viejo maestro, no saben nada tampoco. Y esta ignorancia en que se encuentran les crea en el mundo una situación muy difícil y peligrosa.

París, febrero de 1934.

ROGELIO SOTELA
ABOGADO
Y
NOTARIO
Oficina: Pasaje Dent
TELEFONO No. 3090
Casa de habitación, Teléfono No. 2208

EN La Habana consigue el *Repertorio* con «Cultural S. A.», Librería Cervantes. (Av. de Italia 62).

A propósito de Renán

San José, 10 de abril de 1934.

Señor don Joaquín García Monge.
Presente.

Muy estimado amigo:

Sus últimos números del **Repertorio** han renovado la memoria amable de Renán, entre nosotros. Buen servicio hace usted convirtiendo su periódico en un elegante convivio de espíritus escogidos.

Renán es un sugestivo tema de conversación espiritual. Su caso es de los más singulares en la historia de la filosofía contemporánea. Su gran tragedia de destino la sufrirán muchos o la han sufrido muchos. Pero él supo definirla con una resolución heroica. Esa tragedia continuará siendo el plan de salvación del siglo. Me refiero a la libertad del espíritu. No precisa aspirar a un reino místico. Basta para el orgullo del hombre que él adquiera la independencia de su dominio mental. A esta idea que es capital en la vida y filosofía de Renán, él fué sincero desde el principio hasta el fin. Y esto es lo que nos interesa a todos.

Nunca he podido detenerme en lo que se llaman las contradicciones de Renán ni comprendo exactamente lo que quiere decirse cuando se habla del escritor de asuntos diversos. Cuando en mis antiguas lecturas pude sentir la modesta satisfacción de obtener una visión de conjunto, me pareció que podrían repetirse sus solemnes palabras de la oración del Acrópolis: "La fe que uno ha poseído jamás debe constituir una cadena", o "Sabiduría, tú a quien Zeus engendró después de haberse concentrado en sí mismo, después de haber respirado profundamente: tú, que habitas en el seno de tu padre, enteramente unida a su esencia; tú, que eres su compañera y su consciencia; Energía de Zeus, chispa que enciendes y mantienes el fuego entre los héroes y los hombres de genio, has de nosotros espiritualistas perfectos".

Lo constante en Renán es el haber sido un espiritualista perfecto; el sello de su destino es éste. El defendió la Inteligencia como el interés soberano de la vida, la Inteligencia del hombre no considerado éste como un candidato a la deificación sino como ser humano esencialmente. Ahora bien, que esa profesión de fe, solemne y reparadora, la deba en parte a sus lecturas de **L' Acropole d' Athenes** de Beulé, ¿significa algo? ¿Significa algo que él haya aspirado alguna vez a la investidura representativa del pueblo y que luego escriba Caliban? ¿Significa algo que él haga el magnífico elogio de Spinoza a la par que hace el no menos magnífico elogio de San Francisco de Asís?

No hay una sola vida que no sea contradictoria en sus detalles. Exigir que el pensador sea de una sola pieza, es desconocer las virtudes de la Inteligencia. Pero es una manera fácil de comprometer la influencia que el hombre de ideas puede ejercer en la estructuración de una nueva consciencia—y Renán pensó que podía crear una Religión Universal — acusándolo por sus contradicciones. El había dicho otra cosa: él habló de los diversos puntos de vista que admite la contemplación de un objeto. No se olvidaba de que al profeta que había condenado el divorcio porque el divorcio era una fuente de odios, los fariseos le propusieron el caso de la mujer adúltera, y el profeta usó entonces la eterna palabra: perdón.

Algunas de las contradicciones de Renán son semejantes a éstas: haber dicho un día que la educación secundaria no tenía por qué apoyarla el Estado: que era un interés social. ¿Cómo compaginar el anhelo manifiesto de una mayor elevación de la cultura humana con semejante limitación? No se quiere hacer una honrada diferencia entre el problema esencial de una mayor cultura y los medios de realizarla. El Estado no realiza perfectamente esta finalidad. El dios de Renán no era ni tenía por qué ser este Leviathan.

Los sacerdotes católicos creen poder encontrar una condenación definitiva diciendo que es muy distinto el Dios de Renán al principio de su vida y el dios de Renán en el momento de su muerte. He aquí la sentencia, lanzada al mundo con el **Nihil Obstat** de un Cardenal y el Imprimatur de un Vicario. Pero el dios de Renán es la Sabiduría.

He leído algo acerca del **Porvenir de la Ciencia,** una de las últimas obras de Renán. Esta obra, aunque lleva la distinción del genio de su autor, tiene que dejarse al margen de la magnífica obra total del maestro. Y si esto no se puede hacer completamente, hay que reconocer su valor secundario. **El Porvenir de la Ciencia** es una obra escrita sin espontaneidad; Renán creyó que iba a ser su evangelio. Sin embargo, tuvo la prudencia de no dejarse dominar por esta idea y guardó el manuscrito durante cuarenta años. El concepto mesiánico que tuvo entonces de la Ciencia no podía sostenerse y tuvo tiempo de asistir a la alborada de la nueva idea, que convierte a la ciencia en un modesto sistema de investigación, ni siquiera de la verdad, sino de la relación justa entre los hechos de la vida.

De Renán queda, después de todo, su alto sentido del ser sumano. Fué más allá: fué hasta querer que el Hijo del Hombre, revestido con los signos supremos de la divinidad, fuera antes que todo un Hombre.

La eterna deudá que tenemos con él es la de poder sondear el Infinito bajo la protección sensitiva de la Poesía, y como esto da a veces la impresión de una atormentadora embriaguez, de ahí que no sepamos siempre si donde estamos es una mezquina limitación, de la cual parecemos irredimibles, o si nuestro Universo no sea sino una forma de la consciencia de ese Infinito.

Pero como nos dice en su **Examen de la consciencia filosófica:** "El primer deber del hombre sincero es el de no influir en sus propias opiniones, dejar que la realidad se refleje en él como en la cámara oscura del fotógrafo; asistir como espectador a las batallas interiores que libran las ideas en el fondo de su consciencia; no debe intervenirse en este trabajo espontáneo; delante de las modificaciones internas de nuestra retina intelectual, nosotros debemos permanecer pasivos".

Si alguna vez tengo tiempo y gusto le daré el concepto de Ciencia que puede extraerse de la correspondencia entre Renán y Berthelot. Es más fácil encontrar aquí la verdad que no en el libro, que publicó cuando el sentimiento próximo de su vida despertó en él el infantil deseo de no morir en la memoria de los hombres. Otra contradicción en quien había medido, con el filósofo del Eclesiastés, la vanidad de tantas cosas de la vida o la vanidad de la vida.

Muy afectuosamente,

Rómulo Tovar

San José, 1.º de abril de 1934.

ENTERESE Y ESCOJA

Héctor Malot: *Sin familia*. Novela 2 tomos 3.00
Lucien Laurat: *La acumulación del capital según Rosa Luxemburgo* 3.50
Luis López de Mesa: *La tragedia de Nilse*. 5.00
Solicítelos al Admor. del *Rep. Am.*

Quiere Ud. buena Cerveza?...

Tome **"Selecta"**

No hay nada más agradable ni más delicioso.

Es un producto "Traube"



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

La educación sexual

Por HAVELOCK ELLIS (1)

= Traducción y envío de *e. g.* París =

Cuando se observa la actividad del bebé y del niño, se ve que en lo que concierne a la sexualidad, sus manifestaciones pueden parecer inexistentes; cuando existen, son habitualmente muy vagas; cuando son netas, no siempre se pueden interpretar de la manera como se explicarían en un adulto.

De esto ha resultado, como se sabe, que—fuera de las personas, cuyo número disminuye hoy, a quienes les horrorizaba que pudiera haber algo de sexual en la psiquis infantil—aun los buenos observadores han variado en su actitud y en su táctica con respecto a la sexualidad en los primeros años de la vida. Hay aquellos que se sienten incapaces de reconocer ninguna manifestación propiamente sexual en la primera edad, en los niños normales y sanos. Hay aquellos que reconocen la presencia constante de la sexualidad, tanto en los niños sanos como en los neuróticos, aunque encontrando sus manifestaciones muy variables. Hay, en fin, los que constatando la presencia de signos sexuales, los miran como anormales en la época de la la niñez. Tal es, en todo caso, la última opinión de Rank, en su libro sobre la **Education Moderne.** "La sexualidad no es natural en el niño", observa "podría concebírsela más bien como la enemiga natural del individuo, contra la que se defiende, desde el comienzo, con todas las fuerzas de su personalidad". Una tal opinión está de acuerdo con la actitud más extendida entre los civilizados, y aun en las civilizaciones primitivas, sobre el punto de saber si tenemos derecho de eliminar la sexualidad de la niñez.

La actitud conveniente respecto a la sexualidad del niño es, por consiguiente, una higiene vigilante, pero que no debe ser nunca inoportuna. Las impulsiones eróticas del niño son a menudo inconcientes, y nada se gana con volverlas concientes o con atraer la atención sobre ellas. Es necesario impedir al niño que cause un perjuicio manifiesto a sí mismo o a los demás. Parece deseable además prevenir a las madres de no angustiarse de castigar un niño que presenta esas manifestaciones, pero luego ponerlas en guardia contra todo exceso de ternura física que pueda excitar desgraciadamente la emotividad de niños demasiado sensibles. Ante todo, es necesario cultivar la comprensión de la naturaleza infantil. Los adultos tienden a atribuir sus propios sentimientos a los niños. Muchos de los actos del niño que a los adultos parecen revelar motivos sexuales viciosos, no tienen a menudo ningún motivo sexual, mas derivan simplemente del instinto de juego o del deseo de saber. Este error ha sido favorecido sin duda, en estos últimos años, por los partidarios intemperantes de las doctrinas psico-analíticas.

Es sensible que los que estudian la infancia sean a menudo gentes que han adquirido su ciencia observando sujetos neuróticos. "Toda conclusión **general** derivada del estudio del tipo actual del neurótico", observa Otto Rank en su **Modern Education** "no debe ser recibida sino con mucha reserva, pues el hombre puesto en condiciones diferentes, reacciona de otra manera". Agrega que el niño de hoy no puede ser comparado al hombre primitivo y que vale tal vez más que la educación no tenga principios muy definidos.

Las mejores autoridades admiten actualmente que los niños comienzan muy temprano a ser atraídos por las cosas del sexo, al menos en lo que concierne a los puntos elementales, y que una madre advertida y tierna es la persona idealmente designada para llenar el deber todo maternal de guiarlos. Se puede agregar que sólo la madre puede liberarse convenientemente de esta obligación, y que la educación de las madres es una condición esencial del desarrollo sano de los niños. Hay peligro, se ha dicho ya, en llamar artificialmente la atención de los niños sobre los asuntos sexuales, a cuyo respecto permanecerían sin eso en una bienaventurada inconciencia. Importa, sin embargo, acordarse de las operaciones naturales de un espíritu infantil. El deseo que tiene el niño de saber de dónde vienen los bebés no es el signo de que su conciencia sexual se despierta, es el deseo natural de conocer un hecho científico importante. Cuando a una edad un poco más avanzada, manifiesta el deseo de saber y de ver cómo está hecho el cuerpo de las personas del otro sexo, es un acto igualmente inocente y natural. Es la represión violenta e irrazonada de esas curiosidades naturales, y no su satisfacción, la que hace abrirse una conciencia sexual malsana. El niño se concentra en secreto sobre la solución de esos misterios, únicamente porque se le ha negado cada vez que ha querido saberla.

. . . .

El fin a que debe llegarse es que las preguntas simples y naturales del niño reciban una respuesta simple y natural, desde la primera vez que son hechas, de manera que no pare bruscamente el curso de su pensamiento y no engendre una emoción creando un misterio. Es aguardando muy tarde como hay riesgo de causar mal. La dificultad es que los padres, lo más amenudo vuélvense demasiado torpes o embarazados para ponerse a hablar de cosas sexuales a un niño que comienza a salir de la infancia. Antes de esta edad es más fácil. Así mismo en lo que concierne al cuerpo desnudo, el niño que ha crecido sin haber visto nunca la desnudez de niños del sexo opuesto, puede sentir una fuerte curiosidad malsana, y si le sucede ver de pronto por la primera vez adultos desnudos, esto puede producirle un choque penoso. Es deseable que los niños sean acostumbrados a verse desnudos los uno a los otros, y hay padres que adoptan por principio el bañarse desnudos con sus niños, cuando éstos están todavía muy jóvenes. Bastantes riesgos son así evitados, pues esta simplicidad y esta franqueza tienden a retardar el desarrollo de curiosidades importunas. Puede aún suceder, y sucede a menudo, que el chico o la niñita que se crían familiarmente bañándose con su hermana o hermano, no llegan a descubrir una diferencia física entre los sexos. Todas las influencias que retardan la primera manifestación de la conciencia sexual son de buen augurio para el desarrollo ulterior; y el higienista sexual prudente se dará cuenta que este fin no puede ser alcanzado creando artificialmente misterios.

. . . .

En la fase de la civilización de la que salimos, se ponía todo el acento sobre el intelecto, y los métodos de enseñanza no valían o no gozaban de popularidad si no educaban la inteligencia. Pero el impulso sexual—que es sin embargo el principal fundamento de la vida, tanto social como personal—no se deja fácilmente incluir en marcos intelectuales. Así se ha llegado a que nuestros sistemas de educación han excluído hasta el presente el elemento irracional de la sexualidad. No tienen casi nada de común con esos planes de iniciación admirables y tan completos como las condiciones lo permitían, que estaban en uso en los primeros tiempos del mundo, edades en que el hombre aprendía a hacerse un hombre. Actualmente la educación no es una preparación para la vida, sino solamente a una parte de la vida, aquella en que el individuo trata de ganar dinero.

A esto se agrega—de diversas maneras y en diversos grados—una indiferencia, una aversión, y aun un desprecio de toda esta parte de la vida basada sobre el impulso sexual, porque no se le puede hacer entrar en el marco de la inteligencia, que ocupa exclusivamente nuestra actividad pedagógica. Es un hecho bien conocido, que entre los productos de nuestro sistema de educación, los sujetos más inteligentes — es decir

(1) *Précis de Psychologie, Sexuelle* Alcan. París, 1934. Frs. 35.

aquellos cuyas capacidades reducidas se concentran en el cultivo de la inteligencia—adoptan a menudo una actitud burlona o cínica cuando se trata del amor o del sexo. Este es el resultado natural de su formación escolar, bien que este resultado no haya sido querido. Este no era ciertamente el resultado ordinario de los antiguos métodos de iniciación a la vida. Al edificar nuestro nuevo sistema tendremos que evitar los peligros de éste de que procedemos inmediatamente.

Pero hay otro punto, un punto sobre el cual debemos guardarnos de imitar a las sociedades primitivas: es su costumbre de diferir la iniciación sexual hasta el momento de la pubertad. La obra de los psico-analistas ha hecho notorio lo conocido anteriormente, pero nunca comprendido en su plena significación, que la sexualidad está lejos de comenzar en la pubertad. La importancia de la sexualidad para la raza comienza con la pubertad, pero su alcance personal—que afecta indirectamente la raza—puede comenzar, y comienza a menudo, mucho más temprano, en la infancia misma.

De esto resulta prácticamente que la primera iniciación en la sexualidad, puesto que la primera infancia la reclama ya, se quita de las manos de la comunidad que en la antigüedad dirigía las iniciaciones de la edad núbil, y se pone en las manos de los padres. En estas condiciones no es ya una iniciación formal y concertada, pero un proceso lento, natural y casi imperceptible, conducido por uno de los padres, ordinariamente la madre, liberado de tabús y de inhibiciones que antes impedían a los adultos, ya sea reconocer la existencia de fenómenos sexuales desde que se trataba de sus niños, ya sea hablarles en un tono natural.

En las escuelas es razonable esperar que se verá una enseñanza elemental de biología, adaptada constantemente al desarrollo de los niños, y tratando de los principales hechos de la vida humana—comprendiendo, pero sin insistencia importuna, las funciones sexuales—enseñanza dada a todos los alumnos, niños y niñas. Como lo ha dicho un biólogo distinguido, Ruggles Gates: "Todo escolar, niño o niña, debería recibir, como parte esencial de su educación, una enseñanza sobre la naturaleza, estructura y actividad de los organismos vegetales y animales, lo mismo que sobre sus relaciones y reacciones mutuas. Deberían saber algo sobre la herencia, y darse cuenta que todo organismo hereda y trasmite sus particularidades genéticas, hasta en sus más menudos detalles diferenciales".

Esta educación, si se desarrolla, nos conducirá a una iniciación racial, que corresponderá a los ritos de los pueblos primitivos. Es siguiendo estas líneas biológicas como alcanzaremos este aspecto del sexo que los antiguos miraban como sagrado; pues no debemos, lo repito una vez más, entrar en la idea de esas personas insensatas, aunque bien intencionadas, que quieren enseñar a los niños a considerar la sexualidad como una cosa perfectamente banal, del mismo orden que la nutrición y la excreción. Siguiendo la línea biológica es fácil comprender que el sexo es más que eso; no es simplemente un hilo a lo largo del cual la raza se mantiene y se construye, es el fundamento sobre el que deben construírse todos los sueños de mundos futuros. Hay otros fines, más personales, hacia los cuales se puede dirigir el impulso sexual, pero ese es el hecho central, inconmovible.

Los otros fines son importantes también. La indiferencia, y hasta el desprecio, con los cuales nuestros sistemas de educación han tratado el impulso sexual, han extenuado las vastas y profundas potencias motrices de este impulso. Pero al mismo tiempo han hecho más urgente la necesidad de querer y de desarrollar las energías que residen en el impulso sexual. La inteligencia sola, tan indispensable como siempre, es estéril; no tiene, sobre el organismo, influencia vital y penetrante. Mas, en medio de las tendencias esterilizantes de nuestra vida, el impulso sexual permanece siempre entero, aunque disimulado y desdeñado. Es aún, tal vez, como Otto Rank lo ha dicho, "el último recurso emocional que el racionalismo exagerado de nuestra educación ha dejado subsistir". En él, en sus manifestaciones naturales y en sus sublimaciones—pues las unas y las otras van a la par y ninguna de las dos puede florecer si se suprime completamente la otra—poseemos una gran esperanza para el porvenir de nuestra civilización.



Estos renglones...

Estos renglones de Roberto F. Giusti, en el artículo **Debe cambiarse rumbo a la enseñanza del Castellano,** escrito en enero de 1934 para el **Boletín del Colegio de Graduados de la Facultad de Filosofía y Letras,** de Buenos Aires:

Con respecto a la escuela elemental, puede suscribirse la lapidaria condenación de Payot en su libro **L'apprentissage de l'art d'ecrire,** cuando dice que la enseñanza de la gramática entristece la existencia de los niños y es peste de dicha escuela. Con respecto a la secundaria, yo me alisto entre aquellos que, sin repudiar una enseñanza racional de la gramática de acuerdo con las modernas averiguaciones lingüísticas, la fundan en la ejercitación constante, procurando inducir en lo posible la teoría de la experiencia literaria del alumno. Porque lo que debe proponerse el maestro no es, como tantos hacen, atiborrar la cabeza del estudiante con la doctrina nebrisense apenas modernizada, abstracta, inútil y vacía, cuando no falsa, sino enseñarle a expresarse oralmente y por escrito, con precisión, claridad, coherencia y vigor. No mandar recitar al alumno, sin que le importen ni le sirvan, las definiciones estereotipadas de los tropos, supongamos, acompañadas del solo ejemplo barbilargo y trivial, ni la receta de cómo se compone y adereza una epopeya o un discurso ciceroniano, hasta con exordio y peroración, sino enseñarle a conocer, distinguir, valorar y amar a los escritores antiguos y modernos mediante la lectura y el análisis de sus obras.

Bien sé que es preciso empezar por formar a los profesores, pues son mayoría los que en nuestras escuelas secundarias y normales, dícense enseñantes del castellano y apenas si lo son de cuatro infecundas fórmulas gramaticales, repetidas de un texto cualquiera de segunda o tercera mano. De ahí los resultados conocidos.

. . . .

Llegará el día en que todos los profesores entiendan—ya algunos lo saben y proceden en consecuencia—que en nuestra escuela secundaria hoy se pretende enseñar—¿qué? ¿el idioma?—por un método bárbaro, lo mismo que si se pretendiera enseñar física tal como podía hacerse en Córdoba en el siglo XVIII!

J. ALBERTAZZI AVENDAÑO

ABOGADO

SAN JOSE, COSTA RICA

OFICINA: 75 vs. Oeste Botica Francesa

TELEFONOS:

Oficina No. 3726 - Habitación No. 3133

La de "salga lo que salga"

El "todo menos esto"

Por JOSE PIJOAN

= De *El Sol*. Madrid =

Se vuelve a percibir marejada revolucionaria. El domingo pasado, cuatro discursos. Coinciden sólo en una cosa: en darnos la impresión de que hay que cambiar, y algunos precisan, "y si no es de grado, por fuerza". ¿Pero es que saben exactamente lo que van a poner después? La frase hecha de que las revoluciones se sabe cómo empiezan, pero no se sabe cómo acabarán, es una manera de excusar otra vez la impotencia. Generalmente han empezado así las revoluciones, con lo que en nuestro lenguaje llamamos "lanzándose a la calle". Pero estas revoluciones del "que salga lo que salga", "ya se verá después" y "los hombres aparecerán entonces", "cualquier cosa menos esto", generalmente acaban con un cuadro final de degollina, y vuelve a comenzar la función.

Es natural que en un movimiento revolucionario se deje algo a la colaboración de lo imprevisto; pero hay que tener un mínimo de programa y un plan exacto de lo que hay que hacer cuando venga la responsabilidad del Poder. Como caso más reciente tenemos el de Roosevelt en los Estados Unidos. Durante su campaña electoral precisó muy poco lo que iba a hacer, dijo solamente que de ser elegido propondría reformas, "no sólo para remediar los males presentes, sino para impedir que se repitieran". Pero durante un año, Roosevelt y sus amigos habían examinado las diferentes fases del problema en una reunión semanal que tenían cada jueves en el despacho del profesor Moley, en Columbia University. Es seguro que muchos de los remedios que con tanta audacia ha venido ensayando Roosevelt desde el 4 de marzo estaban meditados y concretados por el futuro Presidente y los que habían de ser sus colaboradores.

Como contraste, véase lo que ha ocurrido en España. Un día se reunieron unas cuantas personas inteligentes, bienintencionadas, pero sin preparación, en un cuarto de fonda de San Sebastión y decidieron también que había de darse a España un nuevo régimen, sin precisar cuál. ¡Una República! Se contó con el "ya se verá después" y el grito de guerra, porque no hay que llamarlo programa, "Cualquier cosa menos esto". El resultado fué una Constitución anacrónica, a la francesa, que acabará por hacernos una República a la portuguesa.

Antes de discutir la Constitución, creo que era en mayo de 1931, publiqué tres artículos en "Crisol", vociferando que no se redactara la Carta constitucional sin enviar tres comisiones al Extranjero. Una, de "sesudos homes", que proponía fuera presidida por don Angel Ossorio y Gallardo; otra, por gentes más radicales, y no se ofenda don Angel, y otra, de los más avanzados y más bisoños en la vida política. Estas comisiones tenían que visitar los países de Europa y aun América, las tres yendo a los mismos sitios, pero en diferentes tiempos, para que al regresar formularan un proyecto de Constitución con conocimiento "de visu". Estoy seguro de que de haber hecho esto no se hubiera persistido en copiar ciertos detalles de la Constitución de Wéimar, que ya estaba mandada recoger, y mucho menos en tratar de afrancesarnos con una Cámara como la de París, cuya desastrada intervención en el Estado deplora allí todo el mundo. Asómbrese el lector: desde el año 1875 ha habido en Francia 86 cambios de Gobierno y cuatro en los últimos trece meses. Es la misma velocidad catastrófica de crisis que ya podemos apreciar en España. Es el resultado inevitable de la dictadura del Poder Legislativo, peor, más perniciosa, que la dictadura del Ejecutivo.

A muchos personalmente no nos espanta un régimen socialista, y creo que puedo hablar en plural. Es más: lo estamos vivamente deseando. Somos muchos los que sentimos que es inevitable remontar el mecanismo del Estado de una manera más conforme con nuestras posibilidades. Lo he dicho por escrito mil veces, y lo repito para salir al paso de los socialistas, que seguramente me atacarán. He dicho: "Progresamos en todo menos en gobernarnos", "usamos discreción y entendimiento para todo menos para las cosas públicas", "traspasamos al Estado todo lo que no paga y conservan los poderosos aquello que todavía rinde", "dejar a todo el mundo hacer lo que le dé la gana es darle derecho a suicidarse", "una economía planeada es simplemente una economía justa", "hay que evitar duplicación de servicios y extravagancias de los que se lanzan a empresas quebrando ellos y arruinando a los demás". En fin, si alguna vez me he quejado de los "socialistas madrileños" ha sido para decirles que, absorbidos por su legítimo deseo de mejorar a la clase desheredada, no han sabido dar al país la impresión de que trabajaban para un régimen estatal más moderno y más justo que la República seudoliberal que estamos ensayando. Es una dolorosa verdad que Kerensky, Pilsudski, Mussolini, Millerand (a quien se tuvo que echar de la Presidencia de la República francesa por reaccionario) empezaron siendo socialistas. Del Macdonald inglés, con pantalones de "golf" y haciendo pinitos de filósofo, ya no hablemos. El socialismo de Comité de Reformas sociales es el que nos es enojoso. Deseamos —permítasenos repetir la palabra—algo más moderno, ¡sí, señor!, ¡más moderno!...

Pero ya desde donde nos encontramos ahora creo que tenemos derecho a exigir un mínimo de programa de reformas. No haría falta imponerlo de una vez, sino por etapas escalonadas, a plazos, si es que lo consienten las circunstancias. "Lanzarse a la calle" sin eso es exponerse a que se juzgue la acción revolucionaria como un movimiento de clase, sin contenido político. Además, ¿es que se cuenta con equipos de personal disciplinado e inteligentes para ocupar los lugares que dejen los reaccionarios? Recuérdese lo que ocurrió en Italia. Se intentó establecer un rémen societario y faltaron técnicos, primeras materias y agentes para distribuir los productos elaborados. Obsérvese que no menciono el capital. Este se puede improvisar con papel moneda u obligando a los Bancos a anticiparlo. La táctica preliminar de un cambio de régimen es formar un personal para llevarlo a cabo. Los obreros socialistas deberían cada año, con becas y pensiones, seleccionar lo mejor de nuestra juventud y prepararla para la gran responsabilidad del "gran día".

Cuando pueda hablaré de los esfuerzos que hemos hecho un "grupo de creyentes" en América para formar el servidor moderno del Estado. Servidor sin restricciones, romántico del servicio que le ha tocado hacer en el engranaje de la vida pública, servidor devoto, apasionado, que en una oficina trabajará, mejor dicho, ya trabaja, con la convicción de que hoy el lugar de honor no está ni en una tertulia literaria ni en las barricadas de las calles, sino en un despacho de oficial de Administración, mal pagado y peor considerado todavía. Pero acelerando el advenimiento de un mundo mejor.

Cansancio mental
Neurastenia
Surmenage
Fatiga general

son las dolencias que se curan rápidamente con

KINOCOLA

el medicamento del cual dice el distinguido Doctor Peña Murrieta, que

"presta grandes servicios a tratamientos dirigidos severa y científicamente"



Para el Licdo. don Horacio Castro,
gran animador del radio.

I

Está aquí el mundo todo
cantando en esta caja;
están todos los ritmos
y los pueblos que hablan
como si én esta hora se hubieran encontrado
los hombres confundidos en una sola raza!

Se oye el bambuco grácil de la noble Colombia
o el diálogo jocoso desde Estados Unidos,
y nos llega de México
el jarabe encendido
—alegría de raza—
en que oímos el alma canturrera del indio.

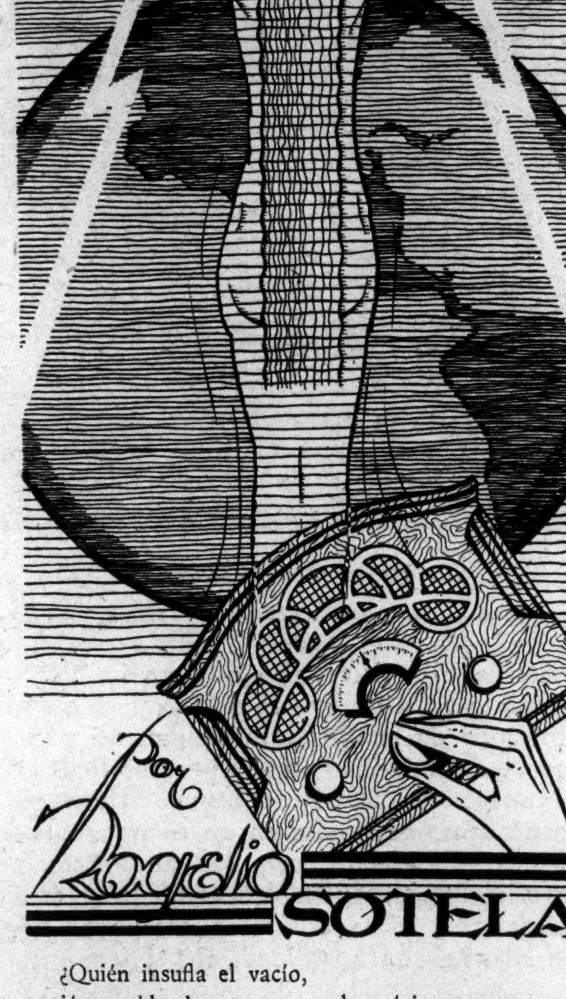
En el ***lied*** melancólico de sus suaves violines
viene un lejano arrullo de la austera Alemania,
o de pronto escuchamos la voz de nuestra lengua
que llega desde España...

Está aquí el mundo todo
cantando en esta caja
como si por un signo profundo de los tiempos
Dios mismo sobre el aire sutil nos abrazara!

Mas nunca como fuera
en la Babel un día,
que aquí cada onda tiene
su propia voz, su vida;
y todo sigue dando su ritmo en el espacio
y sigue por el éter la canción infinita
hasta que vuelva al hondo regazo de los Cielos,
pues que de allí venía!

II

¿Quién sopla sobre el aire para que llegue esta
serena melodía?
Las ondas traen las notas de una lejana orquesta.
¿ha llegado sobre ellas flotando la Harmonía?



¿Quién insufla el vacío,
quién puebla de rumores y de música y verso
el espacio sombrío?
¿Quién ha puesto de pronto a hablar al Universo?

¡Pitágoras! ¡Pitágoras! Comienza el mundo a creerte
y a oír lo que tú oyeras;
ya veinticinco siglos hilan sobre tu muerte,
pero se oyó tu música venir de las Esferas...

¡Pitágoras, Maestro! Cuando tú arrodillado,
en la sidérea orquesta te quedabas sumido
y gozabas a solas con Dios, maravillado,
oíste lo que ahora comienza a ser oído...

Dijiste: ***"En el espíritu del hombre vive todo; el hombre es la medida de las cosas"***. Tú mismo
diste una clave íntima, mas la diste a tu modo:
"Lo demás está en el conócete a ti mismo".

¡Oiga el hombre el sentido de ese verso rotundo
pues el hombre es la caja receptora del mundo
y en sí mismo conduce la virtud con que suena:
en su cuerpo armonioso lleva un audión profundo
y a través del espacio su espíritu es la antena!

III

Todo el mundo está lleno de ritmo,
es de notas un nido el hogar;
está todo infiltrado de música,
toda cosa se siente vibrar...

La cuchara que llevo a la boca
o la copa que voy a escanciar,
todo gesto, todo acto, se rige
por un canto, un arrullo, un compás...

Y mañana la fuerza creadora
que este ritmo en el mundo tendrá
hará que los niños no nazcan llorando
sino que pondrá
como un soplo de Ritmo en las madres
y el mundo verá
que en vez de nacer con un lloro
los niños
cantarán! cantarán!...

San José, Costa Rica, 1934.

Canto del viaje de regreso

= *Colaboración* =

A mis padres, devotamente.

La llama de lo bello me ha quemado el sentido.
Una corriente arcana me estremece y me inunda.
Tiembla amor en mi pecho con extraño latido,
y de la vida tengo una visión profunda.

Sigo el vuelo atrevido de las alas potentes.
Cruzo el mar encrespado tras de todas las velas.
Alerta la intuición en los ojos videntes
que atisban el futuro como dos centinelas.

Cada sollozo viene a esponjarse en mi pecho.
Siento la fuerza viva en el impulso errante.
Se mezcla a todo anhelo mi esperanza en acecho,
y a cada instante muero y nazco a cada instante.

La curva de una línea me causa maravilla.
El color de una flor me deja estupefacta.
En la nube fulgente y en la yerba sencilla
de la hermosura encuentro toda la gracia intacta.

Un resplandor, a veces, que en el agua se enreda,
el gorgeo de un pájaro, el vuelo de un insecto,
el gusano dormido en su ovillo de seda,
producen en mi mente el milagro perfecto.

Descubrir puedo entonces virtud en el pecado.
En los ojos de un niño vislumbro al Dios Inmenso.
Encuentro en el presente la raíz del pasado,
y atónito se queda el corazón suspenso...

¡Vieja soy, como son la tierra, el agua, el viento,
el átomo, la luz, la cósmica materia!
Quizás por eso, a veces, me duele el pensamiento,
y me avergüenza el lote de la humana miseria.

Escucho el canto múltiple de todos los poetas
que en mi oído se adentra hecho júbilo y grito,
confiándome la clave de las notas secretas
vibrantes en la gama azul del infinito.

Y domino la pauta que armoniza en mi lira.
Subo hasta el quinto cielo y me hundo en el infierno.
Fulgo en la chispa sacra que a las almas inspira
el ritmo misterioso del gran poema eterno.

¡Y este cuerpo pequeño,—miedo, angustia, tristeza,
barro que apenas cuaja en forma vacilante,—
por el supremo anhelo de bien y de belleza
se yergue firme y fuerte y se siente gigante!

Claudia Lars

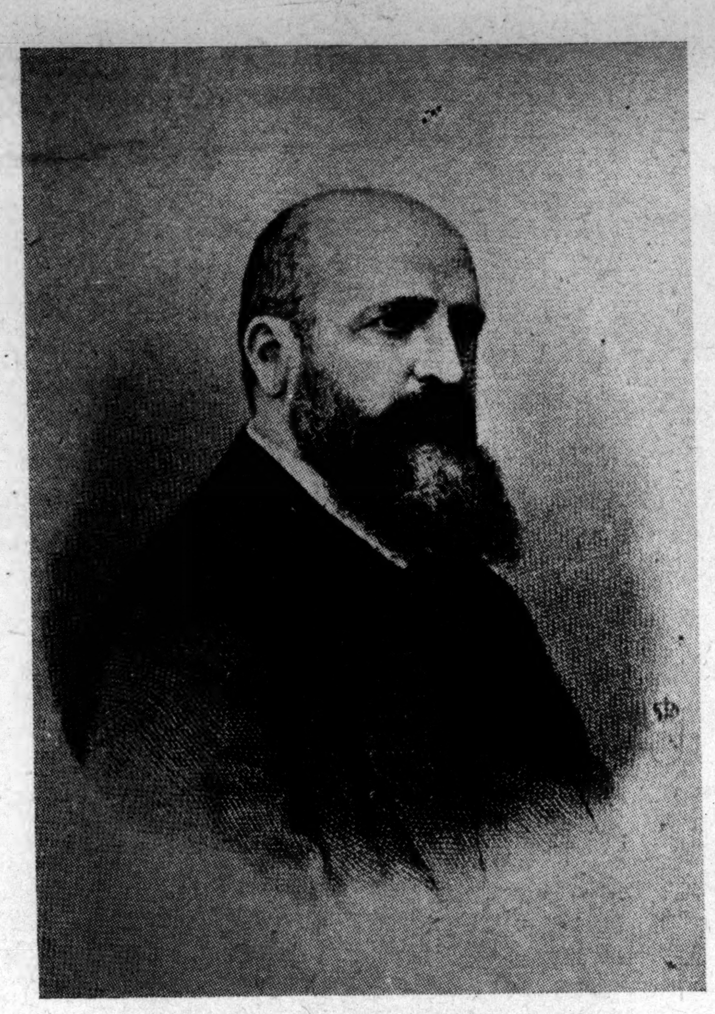
San José, C. R. abril del 934.

El centenario de Pedro Antonio de Alarcón

Por AZORIN

= De *La Prensa*. Buenos Aires. Rep. Arg. =

El Estado español no ha celebrado el centenario de Pereda—uno de los más grandes novelistas europeos contemporáneos—y no ha celebrado tampoco el centenario de Alarcón, uno de los escritores españoles más españoles. Debemos decir algo de Pedro Antonio de Alarcón. Aunque no sea más que cuatro palabras: lo consideramos un deber. Pedro Antonio de Alarcón nació en 1833; murió en 1891. Su vida fué muy agitada. Ardiente y fervoroso demócrata y revolucionario en los comienzos de su vivir, acabó por ser uno de los más genuinos representantes del conservadorismo en España. Pero las ideas políticas, al tratarse de un artista literario, no nos interesan en grado sumo; las ideas políticas son, en un literato, lo accesorio. Se puede ser liberal o conservador y tener una suprema maestría en el arte de escribir. Se puede ser conservador y escribir bien. Se puede ser liberal y escribir bien también. No incidamos en un prejuicio en que se incide todavía—y con tesón—en España. Hay, por ejemplo, quien cree que Balmes no vale gran cosa a causa de ser un filósofo, un crítico y un apologista del catolicismo. Y si no se niegan méritos por sus ideas políticas a Menéndez Pelayo, cerca andamos de ello, y bien se nota en los juicios que en la izquierda se hacen de Menéndez Pelayo este recelo inmotivado. En países cual Francia, tales reservas y restricciones no existen. Un novelista como Francisco Mauriac—el primero de los novelistas actuales de Francia, el primero entre los jóvenes—puede ser elogiado con toda amplitud, sin restricciones, siendo, como es, sincero católico. Volvamos a nuestro Alarcón. Decíamos que la vida de Alarcón fué varia y encrespada. Se batió corajudamente en la prensa; propagó sus ideas con la palabra; hizo libros; llevó un vivir agitado y convulso de periodista y de hombre de mundo. Y al fin, cansado, harto de los tráfagos mundanos, se retiró a una casita, la casita del sabio, en las cercanías de Madrid. Y allí apuró toda la amargura que para un artista, sincero artista, supone el ser combatido y negado sistemáticamente.



Pedro Antonio de Alarcón

No se quiso reconocer, a última hora, a Alarcón, todo lo que había en su arte de sinceridad y de fervor. Se hizo en su torno lo que más duele a un hombre que del público vive: el silencio. Y rodeado de ese silencio hostil, creación de la envidia, murió Alarcón. ¿Y es que nosotros ahora, al cumplirse el siglo de su nacimiento, debemos perpetuar esa enorme injusticia? ¿Es que no ha llegado la hora de que el crítico y el historiador de la literatura tengan un poco de ecuanimidad en sus juicios? Pedro Antonio de Alarcón continúa vendiéndose como se vendía en un tiempo. Sus libros, juntamente con los de Pereda, son los que más se despachan hoy en España. Y si la crítica le desconoce o le silencia con hostilidad, el público, los millares y millares de lectores que le siguen y no le abandonan, compensan su memoria de los desdenes críticos. No es Alarcón una gran figura; reconozcámoslo; pero sí es uno de los escritores españoles más simpáticos y más representativos del siglo XIX. Y en esta parte que en Alarcón es representación de su época, está precisamente lo que nos da motivo para la reserva, leve reserva, que formulemos. En todo escritor existe siempre una parte inactual y otra que participa del tiempo en que la obra se realiza. Naturalmente que hay también escritores que no son, ni en el más leve matiz, de su tiempo. Todo en ellos es inactual; todo vive con independencia del tiempo y del espacio. Son de un siglo como pudieran ser de otro. Y viven en un país cual pudieran haber vivido en uno distinto. Cuanto menos sea la parte que un escritor consagre a su tiempo, tanto más pura e inactual será su obra. Cuanto menos adherencias actuales tenga un artista literario, tanto más duradera y sólida será su labor. En Alarcón vemos algo que es de su tiempo. Y esto que es de su tiempo, no es cosa sustancial y firme. Las cosas que nos rodean no puede el autor evitarlas. Las cosas tienen una personalidad, como la tiene el ser humano. Las cosas están asistidas de una vida que es tan artística como la del hombre. Sin las cosas no sería nada el hombre. Pero es preciso que un ambiente de espiritualidad, una atmósfera de belleza, trasfiguren las cosas. Si nos dejamos arrastrar por lo efímero sin fervor, lo efímero anegará y borrará nuestra obra. Alarcón se dejó a veces, no muchas, arrastrar por esas cosas efímeras y deleznables. Al leerle experimentamos una sensación extraña: quisiéramos que todos estos escritores extranjeros que Alarcón ha tomado por artistas auténticos, legítimos, no hubieran existido. Pensamos también, claro, que si estos frívolos autores no hubieran marcado su sello en Alarcón, hubieran sido otros análogos. Y nos resignamos a que un artista tan fino y sutil dé su parte a la frivolidad. La dan, al presente, otros artistas tan beneméritos como Pedro Antonio de Alarcón. Y si el autor de "El niño de la bola" creía en un Alfonso Karr, en un Champfleury, en un Murger, ahora otros jóvenes creen en autores tan deleznables y frívolos como los citados. Y si antes un Alfonso Karr pudo seducir a los jóvenes, ahora un autor a la manera de Karr, o con menos ingenio, con menos dominio del arte, puede influir de un modo pernicioso en la juventud. En Francia no se acaban nunca esos escritores brillantes que tienen la seducción de un arte ficticio y de relumbre. En Alarcón influyeron los citados escritores. Hay en su prosa una efervescencia, una animación artificial, un movimiento convulsivo, que nos hacen desear un poco de reposo. Quisiéramos que el autor, dejando tal zarageteo, estuviera un tanto más quieto, algo más reposado. Y vemos que esa efervescencia es un trasunto, ni más ni menos, del famoso ingenio francés, agradable, pero insustancial. Afortunadamente, en Alarcón existe otra cosa, además. Si es Alarcón un autor de ingenio, a la manera del gusto francés, es también—y en mayor parte—un escritor a la manera española y de todos los tiempos y todos los lugares. Saltan en sus escritos, con los nombres de los escritores citados, un Champfleury o un Karr, los nombres de los más altos y significativos laboradores de

(Pasa a la página 237)

Palabras en la tumba de Enrique José Varona

Por RAUL ROA

= Envío de *Juan Marinello*. La Habana. =

Los hombres que rindieron su función histórica con plena consciencia y total desinterés quedan perpetuamente registrados, con caracteres vigorosos y propios, en el devenir de los pueblos. Se concretan en símbolos. Si la faena en la que me metieron su pasión y su mente tiene aún resonancias vitales, o está en proceso candente de elaboración, siguen siendo "útiles después de muertos". Si, por lo contrario, la filiación ideológica y el pensamiento político del gran caído están ya históricamente agotados, el dinamismo constante que rige los procesos sociales respetará su recuerdo y lo evocará siempre como el antecedente humano indispensable en su momento. Quien fué leal a su tiempo, quien lo vivió y sintió entrañablemente, será de todos los tiempos. Enrique José Varona, cuyos mortales despojos venimos a enterrar esta tarde, pertenece a esa privilegiada categoría de individuos que, por ser auténticos creadores de historia, sobreviven a su definitivo aniquilamiento físico. La gloria no está en cosechar un retórico racimo de laureles póstumos, sino en haber puesto un grano de esfuerzo por el mejoramiento del mundo.

Con Enrique José Varona desaparece el último gran vehículo del pensamiento liberal cubano, que tuvo en José Martí su otro insigne exponente. La ideología democrática ha perdido en Varona el único vocero que durante treinta oscuros años de factoría azucarera yanqui no enturbió jamás sus esencias teóricas. No hizo nunca de la política cheque ni trampolín. Tuvo por sus principios una lealtad inusitada. Fué siempre, en la colonia española y en la colonia dentro de la república, como una "flor de mármol", para emplear la justa expresión de Martí en carta al egregio escritor fallecido.

La continuidad en la conducta y en sus principios es la nota dominante en Varona. A pesar de las dudas tremendas que desgarraban su espíritu, murió conservando aún su fe en el credo democrático. Y si en este siglo ser liberal y demócrata es estar fuera de él, y aun contra él, no lo fué, en cambio, serlo en el pasado, particularmente en Cuba, donde las trabas económicas sobre las que se estructuraba la colonia española ponían la revolución por la independencia nacional en plano de novedad y urgencia inaplazable. No ser liberal, entonces, entrañaba una adhesión, expresa o tácita, a un régimen inhumano, en el que a la opresión política más cruel se aliaba la más espantosa explotación económica. La salida de la colonia española no podía ser otra que la revolución democrática, como la salida de la colonia yanqui no puede ser otra que la revolución agraria y antiimperialista, bajo la hegemonía del proletariado. Por la cabal realización de aquélla, luchó Varona con ímpetu sostenido y denodado. Nadie interpretó más lúcida y medularmente que él, el contenido teórico de ese vuelco ingente. Nadie analizó con mayor penetración y justeza, las causas del fracaso general de la democracia en América, que reside en la magna contradicción, insoluble dentro de la órbita periclitada del capitalismo financiero, entre una estructura económica podrida de residuos feudales controlada por el imperialismo y una forma política republicana y liberal, inadecuada a ella. Resulta ya un lugar común afirmar que nada significa una constitución política maravillosamente concebida si carece de la base económica correspondiente. De esa contradicción apuntada, mana precisamente el ritmo atorbellinado, convulso, a veces caótico, que rige el desenvolvimiento de los pueblos hispanoamericanos. No es un problema de raza ni de temperamento: es una cuestión de raíz económica y social. Varona la contempló y denunció en uno de sus más sustanciosos trabajos.



Dr. E. J. Varona

Dibujo de *E. Valderrama*

Fué Varona uno de los más fuertes resortes del "Partido Revolucionario cubano", organizado y fundado por José Martí. Su labor política de entonces tuvo una proyección y trascendencia enormes. Su pluma no descansó. Puede establecerse que fué él, más que Martí, quien le dió un severo contenido doctrinal a la revolución de 1895. Martí sufría a menudo del torrencial desbordamiento de su inteligencia. Varona, en cambio, no perdía nunca el rigor del enfoque. El problema cubano de entonces lo sometió a un análisis sistemático y objetivo, del que es expresión culminante su potentísimo estudio, "Cuba contra España", en el que poniendo énfasis en el factor económico como determinante de los cambios históricos, saca a luz todo el horror sin límites de la esclavitud política de Cuba. En este documento palpita con fuerza propia el talento político de Varona.

Surge la revolución de 1895. Martí cierra con romántico broche, al caer envuelto en su propia sangre en Dos Ríos, su vida andariega y dramática. La proeza mambisa adquiere legendarios relieves. Una noche vuela el Maine en la bahía de la Habana. La prensa amarilla de Hearts enarbola escandalosamente el hecho para, revolviendo los bajos fondos de la patriotería yanqui, precipitar la intervención del gobierno de Washington en el conflicto cubano. Llueven en el Congreso los proyectos de ley demandando el inmediato envío de tropas a Cuba. El interés económico arropa esta vez su oscuro designio en falsos armiños de desinterés. Al cabo, la intervención se produce. El heroico esfuerzo criollo por liberarse de la explotación española fué, secuestrado, descaradamente, en beneficio del gobierno norteamericano y del sector financiero dominante, imponiéndosele a Cuba, como condición previa a su estructuración en república, la Enmienda Platt. A éste le llamaron y siguen aún llamando los miopes y especialmente los interesados en extraerle provecho, el "gesto noble y limpio de la gran potencia vecina". La "Join Resolution" tenía un origen tan cenagoso como la cacareada gestion amistosa del embajador Sumner Welles en los asuntos políticos de Cuba. Fué aquella la sugestiva careta con que el capitalismo yanqui, urgido de nuevas tierras y nuevos mercados, disfrazó su voracidad, ya en vías de maduración. Cuba así cambió de bandera, pero no de estructura histórica. No hubo solución de continuidad en nuestra evolución colonial. Varona señaló más de una vez el hecho con esa claridad y energía tan suyas.

En una frase concentró la verdadera tragedia de Cuba republicana: **colonia superviva.** En esto coincidía con los revolucionarios de izquierda en la constatación de un hecho objetivo y concreto. A Enrique José Varona le cupo la honra legítima de haber sido el primer intelectual cubano que avizoró el trágico peligro de la absorción imperialista. Una conferencia suya, "El imperialismo a la luz de la sociología", evidencia, cumplidamente, su amplio conocimiento del problema.

Su estrategia y su táctica ante el fenómeno, no eran, no podían ser, las de Lenin. Conocía el peligro y sus consecuencias históricas, mas no proponía la correspondiente solución revolucionaria. La juventud estudiantil, sin embargo, aun la más radical, contempló siempre con respetuosa admiración los esfuerzos del viejo maestro por seguir las señales de los tiempos.

Sufrió Varona, en sus últimos años, una gran crisis en su pensamiento. No sabía él si imputársela a su edad, o achacársela a los acontecimientos. "Pero es lo cierto—afirmaba—que este súbito derrumbe de cuanto considerábamos altos valores humanos, la integridad nacional, el derecho de gentes, la libertad civil, la humanidad, se me presenta como confirmación en lo real de la más espantable pesadilla".

La guerra imperialista asolaba entonces a Europa, degollando, en implacable y bestial carnicería, lo mejor de la estirpe humana. A Varona se le antoja el mundo un pandemonium terrible. No acierta a discernir meridianamente lo que saldrá de este formidable desquiciamiento. Pero tiene la vaga intuición que de su seno nacerá una nueva realidad. "En ocasiones—escribe—me figuro asistir a la apocalíptica destrucción de un mundo la cual predice el alumbramiento de otro orden social muy diverso. Los poderes públicos elevados sobre las mismas ideas en que se había nutrido mi espíritu, parecen tocados de vértigo, y lanzados unos contra otros en una colisión tremenda de que han de salir destrozados. Sólo el socialismo como doctrina se mantiene, o pretende mantenerse, fuera del conflicto, cual si hubiera de ser el llamado a edificar sobre sus ruinas".

Esta crisis, empero, se resolvió en un sereno retorno a su postura ideológica de siempre, pero conservando la angustiosa impresión de haberse asomado al abismo. Sus últimos escritos están llenos de sombras y por su subsuelo fluye un hilo trémulo de escepticismo.

Pero lo que Varona conservó inalterable fué su gesto viril ante el despotismo nativo. Nadie lo censuró y combatió con el fuego y entereza de él. Era el mismo Varona que tronó valerosamente, entre las propias garras homicidas de los Capitanes Generales, contra la opresión colonial de España. Recuérdese su conducta frente al machadato. Fué él de los primeros en salirle al paso al sombrío matarife villareño. Cuando Machado y su cohorte de asesinos y ladrones, atacaron la voluntad popular con la Reforma Constitucional y la Prórroga de Poderes, fué la voz de Varona de las primeras en erguirse para condenar el hecho monstruoso. Por eso, fué que los estudiantes universitarios marcharon en manifestación nutridísima y resuelta a entregarle, como legítimo depositario, su protesta contra la Prórroga de Poderes, la memorable mañana del 30 de marzo de 1927. Ninguno de los que vivimos aquella jornada podremos recordarla sin que el pulso se nos altere. Varona, previamente avisado por teléfono, nos esperaba. Al desembocar la manifestación en Línea y 8, la esquina de su casa, fué violentamente agredida por la fuerza pública. No obstante, un grupo de estudiantes pudo, esquivando el cerco, llegar hasta el jardín donde Varona indignado condenaba el hecho con energía juvenil. La policía, entonces, enfurecida por la estratagema, se replegó sobre la casa del viejo maestro y enarbolando los clubs y ensuciando el ambiente con expresiones soeces y amenazas cobardes, sin respetar su ancianidad, lo atropelló brutalmente y en su persecución de los estudiantes por el interior de su casa hizo destrozos en el mobiliario. Varona no presenció impasible aquel suceso selvático. Su palabra fué como un látigo encendido sobre el rostro de los asaltantes. Cuando más crítica era la situación y el tumulto amenazaba degenerar en tragedia, afirmó su repulsa vibrante contra los procedimientos de la tiranía, exhortando a los jóvenes que junto a él sufrían los embates de los esbirros, que era preciso mantener, ahora más que nunca, la rebeldía organizada contra el gobierno de Machado. Esa misma tarde, Varona redactó una máscula página de adhesión a su actitud.

El 30 de setiembre y el asesinato de Rafael Trejo lo encontró serenamente en su puesto. Varona no era ajeno tampoco a aquel hecho. La manifestación, sangrientamente reprimida por la policía, iba precisamente a su casa. Días más tarde, el gobierno impidió un acto organizado por un grupo de mujeres a la memoria de Trejo y en el que Varona iba a leer unas palabras. Varona fué uno de los objetos preferidos de la ira de Machado. Pero ni las amenazas, ni el atropello, ni la posibilidad carcelaria entibiaron nunca su repulsa a la tiranía. Era un hombre de una sola pieza.

Varona ha muerto en uno de los más agitados y sangrientos estadios de la historia económica y política de Cuba, en el que la isla vive toda convulsionada, entre asechanzas y peligros externos y la más crítica e inestable situación interior. Y muere sin haberse verificado el homenaje nacional a que era acreedor por sus relevantes merecimientos políticos y su dilatada dedicación a la literatura y a la filosofía. Pero si no tuvo, por la acumulación de circunstancias adversas, el acto público que subrayara objetivamente la honda estima que se le profesaba, no le faltó, en cambio, en ningún momento, el aliento vivo y constante de los que en él veían al hombre que, fiel a su ideario, levantaba su palabra viril, limpia de vacilaciones, incendiada de mocedad no obstante sus años, en la coyuntura precisa que otros, por temor o por imperativos puramente gástricos, silenciaban la suya, acechando una más productiva y más cómoda.

Junto a Varona estuvo siempre, en apretado abrazo, la insignificante minoría que no había manchado en el Comité de Barrio el ideario demoliberal que nutrió y orientó su conducta política. Los trepadores del presupuesto, los que ayer se vestían de popular o conservador y hoy de las combinaciones alfabéticas en boga, con el exclusivo propósito de adquirir una prebenda, tropezaron con su acerado repudio, vaciado en cristalina forma. Los estudiantes fueron constantemente su esperanza y su apoyo. Tenía por ellos la misma supersticiosa devoción que alentó José Ingenieros, otro hombre excelso de América. Las grandes masas oprimidas del país, los revolucionarios de izquierda, fundamentalmente distanciados de su ideología, contemplaron su obra y su ejemplo con marcada distinción. Todos, absolutamente todos, hubieran participado, sin que ello hubiera entrañado una fusión de opuestos criterios políticos, en el homenaje que, organizado por el "Comité Varona", se proyectaba celebrar en los primeros días del mes de octubre de 1930 y que impidió el gobierno cavernario de Machado. Pero lo que no pudo ser cuando aun funcionaba su poderoso cerebro, se está verificando esta tarde en que hemos venido a devolverlo a la tierra en nutridísima manifestación admirativa.

Sobre la tumba de los hombres como Enrique José Varona sobran, por inútiles, las lamentaciones huecas de los pésames de ritual. Hay toda una fraseología necrológica, que repetir aquí implica profanación. Quede eso para los mercenarios de la oratoria, que ni ante la muerte misma sienten el rubor de su descoco. Yo he traído a este acto, de peculiar relieve histórico, la palabra del estudiantado universitario. Una palabra genuinamente joven, viril, afirmativa, que despide al viejo y amado maestro con la convicción diamantina y resuelta de completar su obra superándola, ya que el magisterio es estéril si no existen discípulos dispuestos a la negación constructiva.

INDICE



ENTERESE Y ESCOJA:

Mariano Latorre: ***Sus mejores cuentos***.. ₡ 4.00
Benjamín Jarnés: ***Rúbricas***. (Nuevos ejercicios)........ 2.00
Benjamín Jarnés: ***Escenas junto a la muerte***. Novela........ 3.50
F. Menéndez y Arráuz: ***Tobagola***. Autobiografía de un salvaje africano........ 4.00
Vsevolod-Ivanov: ***Campesinos y bandidos***. Narraciones soviéticas........ 1.50
Gerardo Hauptmann: ***La prodigiosa isla de las damas***. Historia de un archipiélago imaginario........ 4.00
Diego Hidalgo: ***Un notario español en Rusia***........ 3.00
César González Ruaño: ***El terror en América. De Gómez A. Leguía pasando por Machado. El "caso" Irigoycn***... 3.50
Jean Giraudoux: ***Siegfried***. Pieza en 4 actos 3.00
Federico García Lorca: ***Romancero gitano***. 1924-27........ 3.50
Leonhard Frank: ***El burgués***. Novela..... 4.25
Ralph Waldo Emerson: ***Obras completas. La ley de la vida***........ 4.25
Ralph Waldo Emerson: ***Obras completas. Diez ensayos***........ 4.25
Dr. Manuel Espejo: ***Lo que debe saber todo diabético***........ 5.00
German Arciniegas: ***Memorias de un congresista***. Prólogo de B. Sanín Cano..... 4.00
Rubén Darío: ***Cantos de vida y esperanza*** 3.00

Solicítelos al Admr. del *Rep. Am.*

Estampas

A gentes arrimadizas y serviles, el yanqui las desprecia

Hablemos ahora del costarricense Vicente Sáenz

= *Colaboración* =

Para Martí estos pueblos deben oponer al desprecio del yanqui engreído en una superioridad imaginaria, producto de un sistema educacional calculado, poblaciones fuertes. El yanqui desprecia al arrimadizo. En cambio, respeta y trata como igual al que muestra decoro y conciencia de que su raza y su suelo están en el mismo plano de estimación que la raza y el suelo del desdeñador. Conoció bien Martí al "Norte revuelto y brutal". En su entraña estuvo, no para que lo despreciaran, sino para obligarlos al más hondo respeto. Y con Martí estamos los que sentimos que combatir el imperialismo es trabajar por librar a nuestros pueblos del trato que da el amo al siervo. No podemos descender a la condición de arrimadizos que sólo atrae el puntapié. En nada somos inferiores al yanqui. La prosperidad material ha hecho pujante a ese pueblo, pero nada más. No ha crecido en otros aspectos que aseguren rumbo y permanencia. Nuestra América sufre los estragos de innumerables males y sin embargo hay en ella el gran espíritu que ha de crear un Continente erguido. No es superior en nada a nosotros el yanqui.

Desde luego, hay mucho arrimadizo que ha cogido la tarea de difundir la mayor altura del yanqui y promueve concursos para que se opine en cuanto a si las universidades de allá dan un tipo de hombre superior a las de por acá, en cuanto a si aquella civilización gana a la nuestra. Pero a tal vasallo démosle desprecio. El paralelismo que pretenden no lo debemos aceptar, porque si alguna inferioridad tenemos es precisamente la que el propio imperialismo nos produce con su expansión brutal. Se ha echado sobre estos pueblos y los presiona para hacerlos colonias, para imponerles el sello de la factoría. El arrimadizo corea y se alista en las filas de la sumisión. El imperialismo trata de agrandar esas filas y suena su llamada imperiosa. Es rudo en la manera de apagar las voces que lo combaten y proclaman la grandeza de estos pueblos. Los que mantienen la lucha son en realidad gente heroica. En cada pueblo el arrimadizo es feroz contra el que duda siquiera de la superioridad yanqui. Y así la obra del anti imperialista se va haciendo difícil y rara. El imperialismo ata a los Gobiernos y ya con esto suprime innumerables dificultades. Después, crea multitud de organizaciones con espíritu yanqui—rotarismo, protestantismo, etc.—y recogen palanqueadores de la conquista. Estas fraternidades que promueven el progreso y afinan los sentimientos son detestables. Lo sabe el imperialismo y las lanza a coger campo a estos pueblos. No hay actividad de importancia que no penetren.

En cambio el luchador anti imperialista no cuenta con otra cosa que su espíritu. Si es recio, sufre las dificultades y mantiene a través de muchas décadas su denuncia y su censura inquebrantables. Luchadores de estos tiene muchos la América nuestra. Hablemos hoy de Vicente Sáenz, porque merece el elogio por su tarea tenaz que cuenta ya muchos años. Creemos que es el recopilador de documentos más inteligente que tiene esta lucha anti imperialista. No recoge el periódico o la revista con espíritu de coleccionador. No. Queremos que se entienda que hablamos de un escritor de otra índole. Vicente Sáenz estudia la conquista imperialista a través de los documentos que la misma conquista va produciendo cuando se roba un territorio, cuando mete una revolución, cuando impone un gobierno, cuando ordena una conferencia, cuando aconseja un asesinato en pueblos de nuestra América. Sorprende en él la riqueza de papeles. Pero es que Vicente trabaja de acuerdo con un plan que desarrolla desde hace muchos años. Empezó en Costa Rica a combatir el imperialismo. Hizo un libro y escribió muchos artículos. Luego pasa a los Estados Unidos y continúa con la misma visión. De modo que no es escritor que improvisa su lucha para hacerse notar, para adquirir algún relieve. Sintió la fuerza imperialista comiéndole su condición de hombre libre. No pudo volverse arrimadizo. Es de los que la América nuestra tiene ganados para la heroica lucha anti imperialista. Heroica, porque los medios de acabar con el que lo combate son cada vez mayores en el imperialismo. Ha logrado por todos los hilos tendidos sobre estos pueblos reducir la denuncia contra su voracidad. Vicente Sáenz conoce lo duro de la tarea y no se ha amargado. Y es que su buena capacidad lo ha hecho descubrir que el arrimadizo es precisamente lo que urge matar en cada uno de nuestros pueblos. En su último libro ("Rompiendo Cadenas") presenta la tragedia de estos países azotados por el nativo yanquizado que ha hecho renuncia de toda dignidad y decoro y no encuentra más camino de vida que la entrega al imperialismo. Piensa en los cinco países de la América Central y los encuentra penetrados por las estacas de una conquista que ha contado para imponerse con la complicidad del politicastro. Los estragos mayores han sido hechos en Nicaragua. La conquista de la ruta canalera desató la furia del Departamento de Estado que corrompió al nicaragüense corrompible y con él se adueñó de la ruta y de las bases marítimas y fluviales que la resguardan. Para saber con exactitud lo que significa la tragedia por apoderarse de esa ruta canalera precisa leer estas páginas admirables de Vicente Sáenz. Comenta el documento y lo ordena con habilidad grande. De Nicaragua hizo el Departamento de Estado imperialista el juego de sus planes brutales. Nada lo contuvo en su desenfreno. Hizo aliados suyos a los politicastros, les dió poder, les dió dineros, los sentó cómodamente en Washington y de allá los despachó a Nicaragua presidentes. Cosas sabidas, es cierto, pero referidas con energía e inteligencia. Vicente Sáenz es un luchador anti imperialista de espíritu recio.

No se contenta con esperar a que el periódico o la revista o el libro le traigan un día el documento para su archivo anti imperialista. Se sitúa en México y planea la visita a Centro América que habrá de darle informaciones aprovechables. Quiere saber lo que los gobiernos de por acá piensan del imperialismo yanqui. Cosa arriesgada. Pero viene y entrevista y propone el problema. Nada consigue, desde luego. ¿Qué Gobierno será capaz de ponerse en pug-

JOHN M. KEITH & Co., Inc.
SAN JOSE, COSTA RICA
Agentes y Representantes de Casas Extranjeras
Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)
Máquinas de Contabilidad BURROUGHS (Burroughs Adding Machine Co.)
Máquinas de Escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)
Muebles de Acero y Equipo para Oficinas (Globe Wernicke Co.)
Implementos de Goma (United States Rubber Co.)
Maquinaria en General (James M. Montley, New York)
JOHN M. KEITH, Socio Gerente.
RAMON RAMIREZ A., Socio Gerente.

na con el Departamento de Estado imperialista? Sáenz hace esfuerzos por obtener declaraciones, pero toca tumbas que no dan nada más que resonancia hueca. Sin que él se lo propusiera, estamos seguros, en esas páginas relativas a su visita a estos gobiernos dejó una desesperante desolación.

Y contra la desolación es que luchan los antiimperialistas de nuestra América. La conquista imperialista va haciendo cementerios de estos países. El temor inmenso de disgustar al funcionario yanqui, a la compañía yanqui, es cosa terrible ya. La sombra del Departamento de Estado es siniestra. Cae sobre nuestros pueblos y los apoca, los sume en el silencio. El miedo a dar el juicio honrado del imperialismo yanqui es incontenible. Lo mejor, dicen, es no mover esas aguas. Sáenz quiso moverlas en Centro América y todo fué en vano. Nadie podía juzgar, nadie podía adelantar pareceres, nadie asumía la responsabilidad de decir si era buena o no la penetración del imperialismo yanqui.

Conquista enorme la del Departamento de Estado esta de acallar censuras. Pero hay que seguir en la acusación, en esa acusación tenaz e inteligente en que vemos al escritor Sáenz. Libros como el suyo son los que necesita esta América nuestra. Sáenz da el ejemplo de un luchador que no desmaya, no obstante lo desigual de la batalla. De un luchador con un plan que desarrolla sin atolondramientos. Si hubiera que darle estimación grande por sólo la documentación que encierran sus páginas, ya la tiene ganada plenamente. Generaciones venideras tendrán la dificultad de encontrar el medio de combate, porque nadie recoge ni ordena el papel de importancia permanente. Pero en esta tarea noble en que vemos desde hace largos años a Vicente Sáenz hay esfuerzo para el porvenir.

Exaltamos al escritor antiimperialista que siente la expresión de Martí como la mejor aspiración en su lucha. Arrimadizos son el desprecio del yanqui. Por los arrimadizos se va hundiendo nuestra América. Vicente Sáenz es de los combativos que no se fatigan, que no desmayan porque ha sentido que el único daño mortal de estos pueblos es el imperialismo. Es deber decirlo desde **Repertorio,** que es leído y seguido como publicación honrada, como publicación no arrimadiza. Así lo estimaremos más, buscaremos su libro para enterarnos de los pormenores de una tragedia que ha vuelto factorías yanquis a muchos pueblos de la América Central. Sabiendo que es un escritor que se mantiene en la lucha a pesar de los innumerables obstáculos que el imperialismo va poniendo en cada uno de nuestros países, diremos que nuestra América lo tiene ganado para su liberación. Y otros lo seguirán y sabrán que sí es posible la lucha, que por grandes que sean los recursos del imperialismo yanqui, cuando encuentra poblaciones que le salen al paso y lo tratan con desprecio y le hacen sentir que están orgullosas de su raza y de su suelo, se contiene, y respeta. Al arrimadizo, lo dijo Martí, el yanqui lo trata con desprecio y asco.

Y a este escritor tan preocupado por el documento remitámoslo a la página severa y tremenda que contra el imperialismo yanqui acaba de escribir el nicaragüense Ferretti escapado de la muerte que cayó sobre Sandino. Busque Vicente Sáenz ese documento y acuse con su habitual valor e inteligencia. Allí está esta declaración horrible: "Pero estoy seguro de que fué la misma Providencia la que me puso detrás de aquel cerco de tablas, como testigo suyo, para que después pudiera salir por el mundo a denunciar a los culpables. Desde mi escondite pude ver al Ministro de los Estados Unidos que llegó a inspeccionar la casa de Salvatierra trece minutos después del asalto. Preguntó: "¿Todo está consumado?", revistó los cadáveres y salió satisfecho". Documento aterrador en esta lucha contra el imperialismo yanqui.

Juan del Camino

Costa Rica, 21 de abril de 1934.

Hacia una voluntad de Poder

y 3.—Nación y Pueblo

Por MARIANO PICON-SALAS

= *Envío del autor.* Santiago de Chile. Marzo de 1934 =

(Véanse las entregas Nos. 13 y 14).

El historiador Gabriel Monod cuenta en el prólogo a uno de los estudios de Albert Mathiez sobre la Revolución francesa, el caso de un viejo convencional de 1792, que antes de morir, nonagenario y olvidado en la época de Napoleón III, evocaba los días patéticos de su juventud y maldecía los gobiernos de la Francia burguesa que le habían quitado a su país aquel anhelo de gloria, aquel ímpetu de acción que electrizara las masas en los días de la Bastilla. Para ese pobre viejo la "patrie" sólo había existido en aquel instante, cuando cada hombre se sintió sujeto de una acción histórica, cuando la palabra "citoyen" borraba todas las diferencias de clase y de estamento social; y al través de los cambios que puede experimentar una larga vida de noventa años vivió esperando un nuevo momento semejante, "aunque entonces se comía pan duro y faltaba el trigo en París". El no había sido un hombre famoso; su historia personal se confundía con la de todos los hombres y mujeres innumerables que circularon por el torrente de la Revolución; no había escrito libros ni ganado batallas, pero su testimonio ante la Historia era ese: un convencional del 92, un testigo y hasta cierto punto un actor de grandes hechos. Por eso miraba con desdén a las generaciones nuevas que vivieron un tiempo cómodo, amorfo, sin heroísmo; y se empinaba en el orgullo de su pobreza. Detrás de él estaba toda la Historia de una Nación, de una nación rica en hombres, en gloria y acontecimientos, que pudo insuflar en un momento cualquiera en las multitudes: en el artesano inclinado junto a la mesa de su taller, en el campesino agachado sobre la gleba eterna e inmutable, aquel anhelo de acelerar el tiempo, de vencer la fatalidad. El ejemplo que nos trasmite Gabriel Monod es hermoso; y precisamente niega la concepción rastrera de la Historia que se forja el Materialismo histórico.

Contiene también el sencillo ejemplo de Monod los elementos esenciales de la idea de Nación: la Nación como creación del alma colectiva y vivificada por lo tanto, al calor del pueblo. La Nación que supera en un designio histórico más alto, el conflicto de los intereses y de las clases.

El mundo político que está naciendo sobre las ruinas de la democracia liberal, es estatista en cuanto tiende a colocarse sobre la discordia social para conciliarla, y en cuanto busca desesperadamente humanizar esa Economía que se tornó loca, que se escapó como un gas mortífero fuera del alcance y del control del hombre. Pero el Estado sin la Nación sería una pura fuerza coercitiva, una trinchera de represión y privilegio como aquella con que el Conde Metternich quiso detener e inmovilizar en el "Ancien Regime", la Europa restauradora de su tiempo. El Conde de Metternich fué botado en 1848 por la Nación, es decir por el pueblo. Porque si el liberal clásico quiere que anden sueltas las fuerzas de la Economía, quiere extender como pescador en río revuelto la red de sus negocios, el conservador clásico anhela la máquina del Estado para impedir el avance del pueblo. No estamos con el conservador ni con el liberal, porque estamos con la Nación, es decir con el pueblo que se organiza para vivir una vida histórica.

Este Nacionalismo activo, creador, que busca en el Pueblo la unidad de la Nación no se reconoce solidario de lo que en nuestra América Latina se ha llamado "patriotismo"; patrotismo puramente ornamental que exhibía la ban-

OCTAVIO JIMENEZ A.
Abogado y Notario
OFICINA:
50 varas Oeste de la Tesorería de la Junta de Caridad.
Tel. 4184 — Apdo. 338

dera mientras entregaba al extranjero las fuentes de energía, y mientras dejaba al margen de la vida jurídica a enormes masas de población. Las oligarquías urbanas que habían importado algunas formas postizas de la Política y de la vida europeas, discutían el Derecho Civil con sus tratados de las personas y las cosas; tomaban todo lo superficial, lo que no llegaba a las capas profundas de la nación, en el deseo de ser modernos. Creaban partidos doctrinarios que eran amigos o enemigos del Dogma, amigos o enemigos del Divorcio para satisfacer su clericalismo o anticlericalismo, su pasión sexual o su monogamia; y de los clubs políticos urbanos—entre el humo de los cigarrillos y la intoxicación verbal de los asambleístas—partían problemas, reformas o excitaciones a que era ajena la Nación. Mientras el "Tratado de las personas y las cosas" puede estar escrito con una claridad romana, y los juristas han pedido sus inspiraciones a la mejor y más moderna Jurisprudencia europea, el pueblo, el proletario, el campesino, vegetan en un mundo sin historia. A ellos no les interesaba el Divorcio porque la promiscuidad sexual y la ilegitimidad de los hijos eran sus costumbres milenarias, las formas de una existencia deprimida, puramente biológica como la de los animales en la pradera. Y de esos mitos, de esas fórmulas para una "elite" que padece nostalgias europeizantes, ha vivido la existencia americana durante muchos lustros de pseudo-república. Se necesitaba al pueblo para los grandes festivales eleccionarios, y se le captaba con trago y con comida. Los Generalísimos del Sufragio iban detrás pastoreando una masa aborregada. En cada país existían dos, tres, cuatro países superpuestos, sin comunicación, sin coincidencia cultural o histórica: la Aristocracia de blancos para quienes se escribió el Código Civil; los mestizos, los indios. Y cuando para remedar la vida política recién importada de Europa, se hizo demagogia de plazuela, ella tendía a halagar al pueblo precisamente en lo que el pueblo debe superar: la ignorancia, la mugre, el torpe matonismo. Corría el vino y la chicha de las elecciones pseudo-democráticas; corrían también las puñaladas, y de toda aquella farsa el pueblo sólo recibía los mendrugos con que los poderosos compran su alma. Algunos tiranos de América se labraron su pedestal en este cultivo de todo lo que en el pueblo era inferior y bárbaro: Rozas se arremangaba sus pantalones de gaucho e iba a zapatear un camdombe africano en las cofradías de negros de Buenos Aires. Después, los negros se ponían la cintita azul y el letrero: "Viva el Restaurador de las Leyes", "Abajo los salvajes unitarios", y salían en desalada orgía por las calles de la ciudad.

Pero eso no era pueblo; era plebe. La idea de pueblo indica vida histórica, correspondencia de destino nacional, mientras que la de "plebe" señala un estado superable de atraso, de inferioridad, de anarquía social. Una nueva política nacional en la América Latina debe vencer todo lo que encuentre de miseria y fatalismo de "plebe", para crear la unidad y el ámbito del pueblo. Contra el egoísmo del oligarca y la demagogia de plazuela que se alimenta de un caldo microbiano de bajas pasiones y primarios instintos, debemos levantar al pueblo como fuerza actuante, como orgullo y como poderío. No es humanitarismo romántico ni filantropía lacrimeante: es deber histórico. Y sólo ayudando a crear esta unidad del pueblo, tendremos naciones. Estaremos preparados para una gran obra unitaria, vasta y jubilosa, como aquella que evocaba el viejo convencional francés, desde la memoria profunda de sus noventa años.

Hacer la América Latina; juntar estos pueblos desunidos para realizar la Nación fuerte y autónoma, para darle a nuestra raza independencia y poderío, será imposible mientras en nuestros países se superpongan como mundos extraños y hostiles los opresores y los oprimidos; mientras no haya pueblo, es decir coincidencia y unidad de destinos.

El centenario de Pedro Antonio de Alarcón...

(Viene de la página 232)

la inteligencia. Ahí están Shakespeare y Balzac, por no citar más que dos. El nombre de Shakespeare no debemos olvidarlo cuando de Alarcón tratamos; porque ese nombre es sintomático de un sentido de la vida que domina en la obra del famoso novelista. Rápido, ameno, narrador Alarcón, tiene, este escritor algo que es lo que distingue a los buenos artistas: posee el sentido del dolor y de la tragedia. No os ofusquéis ni desorientéis cuando leáis a Alarcón. La narración escueta, veloz, sin detenciones, sin prolijidades, os seducirá. Iréis leyendo con vivo agrado las páginas del maestro. Creeréis que os halláis en presencia de un simple escritor humorístico. Y poco a poco, vuestro semblante irá tornándose severo. La narración pasa de lo festivo a lo dramático. Y luego de lo dramático, entre burlas y veras, sin que el autor dé importancia a la cosa, a lo trágico. Y esa es la nota señera, dominante, capital, en Pedro Antonio de Alarcón. Acaso es Alarcón el escritor español moderno que más ha sentido la tragedia. Todo en él, sin que el lector lo sospeche, va desde el principio hacia un desenlace trágico. Todo en Alarcón gira en torno a una tragedia. Ríe aparentemente y es frívolo algunas veces; pero, en el fondo, existe en Alarcón un formidable sentido trágico. Y trágicas son sus narraciones, tales como "Tic... tac", "El clavo", "Lo que se ve por un anteojo". Y trágico es en sus novelas. "La Pródiga", por ejemplo, es un modelo de tragedia ineluctable. No tiene solución ninguna, en lo humano, el caso de la protagonista de "La Pródiga". Leed esa novela y meditad en la solución que daríais a la situación en que la bella y generosa mujer se encuentra. No la hallaréis. Y es porque lo más trágico de todo no es lo trágico de las cosas, lo que podríamos llamar lo trágico material—que es lo trágico que domina en el teatro—, sino lo trágico espiritual. En esa situación se encuentra, acorralada por el destino, la protagonista de "La Pródiga". Quien llega a poseer este sentido del dolor y de la tragedia—que Alarcón imprime hasta en las cosas; véase su descripción del Rastro—bien puede ser considerado, por encima de su efervescencia de ingenio, como uno de los más hondos escritores españoles contemporáneos.

No queríamos llegar a otro resultado; leamos siempre a Alarcón; no lo olvidemos. Y si nos encontramos en momentos de melancolía, vayamos pasando las páginas de este escritor, que bajo las apariencias de amenidad, acaso de frivolidad, se hallará en perfecta consonancia con el fondo de nuestro entristecido espíritu. El "dolorido sentir" de Garcilaso se prolonga, de un modo bello y profundo, en Pedro Antonio de Alarcón.

In angello cum libello — Kempis.—

En un rinconcito, con un librito,

un buen cigarro y una copa de

Anís Imperial

suave - delicioso - sin igual

FABRICA NACIONAL DE LICORES - San José, Costa Rica

Cuatro capítulos de un libro útil y justo

= Capítulos VIII a XI de *Bolívar y Martí*, por *EMETERIO S. SANTOVENIA*, de la Academia de la Historia de Cuba. La Habana. 1934. =

(*Véase la entrega anterior*)

3.—*NUESTRA AMERICA*

Dentro del dilatado concepto que de la americanidad tuvieron Bolívar y Martí, sopesando cuestiones contemporáneas y futuras, a la América de que eran hijos consagraron atisbos felices. Sentada la convivencia de las dos Américas, la anglosajona y la hispana, ésta alcanzó la mejor parte de las luces y los trabajos de ambos constructores. ¿Qué amplitud dieron uno y otro a sus orientaciones? ¿Cómo condujo sus ideas Bolívar, tan en contacto con la realidad? ¿Cómo discurrió Martí, observador penetrante del panorama moral de América?

Objeto de las más altas aspiraciones de Bolívar fué la América hispana, la América cuyo rectorado ocupó en los rudos años de formación republicana. Pretendió, a través de un vasto sistema de principios y procedimientos, organizar la unión de los pueblos que acababan de surgir a la libertad. Como los peligros de reconquista por parte de España no habían desaparecido, él no cesó de promover la adopción de medidas encaminadas a levantar el valladar de la cohesión de los nuevos estados. Pero su visión abarcó otros horizontes. Edificando para la posteridad, ponderó la conveniencia de armonizar valores capaces de fertilizar el campo en que su obra ahondaba.

Las asperezas de lo cotidiano, en un revuelto mar de suspicacias y prevenciones, despertó en Bolívar deseos negadores de la diafanidad de sus prístinas concepciones respecto de la unión de las naciones hispanoamericanas. Pudo considerar heterogénea la alianza de Norteamérica y Haití con los pueblos de raíz indohispánica. Mas ¿cabía la misma objeción en cuanto al Río de la Plata? En cuanto a las Provincias Unidas del Río de la Plata, no ocultó, contradiciendo otras actitudes suyas, su anhelo de que no ingresasen en la federación con que él quería contribuir al equilibrio universal. ¿Qué fuerzas obraron y reobraron en la producción de tales posturas? En puridad, Buenos Aires observaba con recelo la preponderancia del Libertador, el hombre de mayor influjo en el Nuevo Mundo, y la pasión y el encono, añadidos a entrevistas complicaciones con el Brasil, constriñeron a Bolívar a adoptar resoluciones disociadoras en momentos en que se afanaba por ensanchar la acción de su América.

El temple bolivariano, con todo, salió indemne de la prueba a que lo sometieron contrapuestos intereses. A despecho de ajenas incomprensiones, el Libertador persistió en impulsar su proyecto de defensa hispanoamericana. No ignoraba que a su buen éxito se opondría Norteamérica, obstáculo que quiso suavizar con una corriente de simpatía británica. Mantenía enhiesta su idea, aun cuando nadie la aprobase. Y lo mejor de su conducta radicó en el desasimiento a que dió curso en el empeño de salvar lo que su pensamiento había elaborado. Siéndole lícito aspirar a la jefatura de la planeada liga de naciones hispanoamericanas, renunció a la esperanza de una autoridad tan eminente para no estorbar la preferencia demandada por la estabilidad de esos pueblos.

Por razones de tiempo y medio circundante, Martí no enfrontó las realidades con que tropezó Bolívar en el desenvolvimiento de la ideología hispanoamericana. El cubano trabajó en la esfera del pensamiento, no en la del pensamiento y la de la acción, como ocurrió al venezolano, emancipador y disciplinador de países extensísimos. Pero Martí siguió, en su tarea de explorador, las huellas de Bolívar. En ambos cuajó por igual una fuerte doctrina: la de que la América de ellos, nuestra América, constituyese en sus aspectos fundamentales un universo nuevo.

La adhesión del Apóstol a ese universo nuevo resultó tan absoluta como la del Libertador. Y fué cabalmente Venezuela, la patria de Bolívar, el país por Martí elegido para hacer su profesión de fe hispanoamericana. "De América soy hijo: a ella me debo. Y de la América, a cuya revelación, sacudimiento y fundación urgente me consagro, ésta es la cuna; ni hay para labios dulces copa amarga; ni el áspid muerde en pechos varoniles; ni de su cuna reniegan hijos fieles. Déme Venezuela en qué servirla: ella tiene en mí un hijo". ¡Revelación, sacudimiento, fundación! Ahí quedaron exhibidas las esencias del ideal americanista de quien, en otro pasaje, se preguntaba: "Ni ¿en qué patria puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles?" La América hispana formaba, de una vez, con brío, el magnífico concierto de pueblos triunfantes y trabajadores en que parecía menos velado el cielo. Estaba América en un alba, como en los umbrales de una vida luminosa.

Orgulloso de su América, Martí vivió para servirla y honrarla. Con precisión manifestó sus preferencias por ella. Veía agigantada a la América anglosajona. "Pero por grande que esta tierra sea, y por ungida que esté para los hombres libres la América en que nació Lincoln, para nosotros, en el secreto de nuestro pecho, sin que nadie ose tachárnoslo ni nos lo pueda tener a mal, es más grande, porque es la nuestra, y porque ha sido más infeliz, la América en que nació Juárez". ¿En qué forma avanzaba la América en que nació Juárez? "De aquella América enconada y turbia. que brotó con las espinas en la frente, y las palabras como lava, saliendo, junto con la sangre del pecho, por la mordaza mal rota, hemos venido, a pujo de brazo, a nuestra América de hoy, heroica y trabajadora a la vez, y franca y vigilante, con Bolívar de un brazo y Herbert Spencer de otro". Crecía una América sin prejuicios pueriles ni confianzas cándidas, y a la fortuna de su hogar eran convidadas todas las razas.

Bolívar fundió en su ideario la afección hacia Venezuela y el amor a los demás pueblos hispanoamericanos: "Para nosotros. la patria es la América". Martí exaltó análogo principio: "Es cubano todo americano de nuestra América". Venezuela. animada por Bolívar, luchó, tanto como por su emancipación, por la del resto de la América dominada por España. Cuba. en la trayectoria del pensamiento de Martí, no peleaba solamente por la libertad humana, ni por el bienestar imposible bajo un gobierno de conquista y un servicio de sobornos, ni por su salud exclusiva: peleaba también para asegurar, con la suya, la independencia hispanoamericana.

y 4.—*LA OTRA AMERICA*

No retemplaron Bolívar y Martí sus juicios sobre la América anglosajona en la fragua de sórdidas pasiones. Esa América, la otra América, fué por ellos escrutada con ánimo levantado. Palabras admirativas y conceptos represivos emitieron, las primeras para celebrar sus grandezas, los segundos para condenar sus miserias. Lo potísimo, en el análisis de los caracteres y elementos predominantes en la sociedad norteamericana, era sacar a luz, para ilustración y advertencia, sus virtudes y máculas, sus progresos y declinaciones.



Teñimos en 28 colores. Además en Negro y Blanco.

Zapatillas, Carrieles, Etc.,

puede Ud. llevarlos en el color que armonice con su vestido. Trabajamos a base del **SISTEMA "GADI"** de la casa norteamericana **The Gadi Co.**

TELEFONO No. 3736 **VICTOR CORDERO & Cía.** SAN JOSE, C. R.

Bolívar y Martí emplearon términos cálidos para señalar merecimientos extraordinarios de la Unión. El Libertador postuló que la existencia de los Estados Unidos de América podía contarse entre las maravillas producidas de siglo en siglo por la política. El Apóstol, que consideraba la gloria y el poder de esa nación como patrimonio de todos los hombres, dictaminó: "Profundamente generoso, o decoroso, o discreto es este pueblo norteamericano, que parece, al mirarlo por encima, egoísta y desatento". Entrado en lo recóndto de la idiosincrasia de la vasta federación, también afirmó Martí: "En cuanto se refiere a los Estados Unidos, se ha de contar con esta pujanza súbita y oculta, que parece aún mayor en el momento en que se enseña, por la vacilación y recogimiento que la preceden, y suelen tomar los observadores ligeros por indiferencia, cuando no son más que el cuidado natural con que un pueblo maravillosamente próspero examina sus problemas antes de decidirse a una innovación que lo ponga en peligro. Tarda más en alzarse de tierra el elefante que el ciervo". Maravilla del mundo conceptuó Bolívar a Norteamérica. Por madre de un pueblo maravillosamente próspero la tuvo Martí.

Elogió Bolívar en cálidos tonos a Jorge Washington, "el héroe ciudadano, el padre de la gran república americana". Destacó la magnífica lección dada por quien había aquilatado el peligro de continuar indefinidamente el poder público en manos de un individuo. El pueblo comprendió el alcance de las advertencias del héroe, y pueblo y héroe plasmaron, en Norteamérica, una nación que ya era espejo de la gloria, la libertad y la virtud.

Columbró Bolívar lo que en las relaciones internacionales llegaría a ser Norteamérica. No desconoció los gérmenes de imperialismo anidados en la primera de las repúblicas creadas en el Nuevo Mundo. La gestión en la América hispana de un maestro en la intriga, el plenipotenciario Joel Roberts Poinsett, por ejemplo, le puso en guardia. La actitud de la Unión en el problema de las Antillas españolas redobló su expectación. Dolor intenso debió de empujarle a formular una acusación terrible con referencia a los componentes de la vecindad americana: "Los Estados Unidos son los peoros y son los más fuertes al mismo tiempo". Inventariaba agudos peligros procedentes del Norte. Su inquietud crecía ante el señorío de la potencia angloamericana.

Con énfasis análogo al usado por Bolívar para enaltecer a Washington, como a la nación que éste había tan decisivamente contribuido a levantar, habló Martí de la afirmación norteamericana. Por lustros contó sus avances. Y en un punto singular, en la exaltación de Lincoln a la presidencia de la Unión, se detuvo: "¿Dónde se vió mayor grandeza, más generoso impulso, más llameante palabra, más desinteresado caudillaje, ni virtud más fecunda y batalladora? Por el apetito del Cielo y el amor de la ventura batallaron en tiempos de guerra otros cruzados; pero estos de América conmovieron sus hogares, seguros, en una época próspera y pacífica, para libertar a la raza más desventurada de la Tierra. Ellos la bolsa, que cuesta; la palabra, que consume; la familia, que sujeta la vida, que en una tierra libre y próspera enamora". En el proceso anterior y en el posterior a la guerra secesionista, estudiando hombres y cuestiones de nota, Martí hincó el escalpelo de la investigación y de la crítica. Impresiones y ensayos salidos de su pluma dejaron enseñanzas magistrales.

Previsión de Martí fué la enderezada a no internar en peligrosos espejismos a los pueblos hispanoamericanos, para los que principalmente escribió. Por su mediación vieron la luz "dos verdades útiles a nuestra América: el carácter crudo, desigual y decadente de los Estados Unidos, y la existencia, en ellos continua, de todas las violencias, discordias, inmoralidades y desórdenes de que se culpa a los pueblos hispanoamericanos". Ya, enfocando la convivencia de las dos Américas, él apuntó, para la que había colonizado España, el peligro proveniente del desdén del vecino formidable. ¿Qué temía de la conducta de Norteamérica?

Por necesidad ineluctable, dada la naturaleza de lo más efectivo de su obra política, Martí clarificó las posibles consecuencias de una torpe dirección cubana hacia la incorporación de la Isla a Norteamérica. Entre indignado y piadoso, "siendo la indignación para con los entendidos y la piedad para con los ignorantes", le ponían los rumores de anexión de Cuba a los Estados Unidos de América. Sólo quien desconociese a Cuba o las leyes de formación y agrupación de los pueblos, o quien amase a Norteamérica más que a Cuba, podía pensar honradamente en solución semejante. Tan nociva para el resto de la América hispana como para Cuba misma juzgaba la expansión norteamericana en el Caribe. Cabalgando en los campos de su patria al servicio de la revolución libertadora, maduró estos pensamientos: "Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber—puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo—de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y, de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin". Esta consagración tenía un antecedente: "Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas". Y su onda, la onda de Martí, era la de David.

Huyeron de la misma manera Bolívar y Martí de la propensión a entrar en tratos riesgosos con Norteamérica, pueblo de composición diversa. Mucho dudaban que pudiese partir de él una ayuda desinteresada. Preferible consideraron alcanzar el respeto de la Unión por medios edificadores. Bolívar habría suscrito por toda la América hispana lo que Martí sentó por Cuba: "No hay más modo seguro y digno de obtener la amistad del pueblo norteamericano, que sobresalir ante sus ojos en sus propias capacidades y virtudes. Los hombres que tienen fe en sí, desdeñan a los que no se tienen fe; y el desdén de un pueblo poderoso es mal vecino para un pueblo menor. A fuerza de igualdad en el mérito, hay que hacer desaparecer la desigualdad en el tamaño. Adular al fuerte y empequeñecérsele es el modo certero de merecer la punta de su pie más que la palma de su mano. La amistad, indispensable, de Cuba y los Estados Unidos, requiere la demostración continua por los cubanos de su capacidad de crear, de organizar, de combinarse, de entender la libertad y defenderla, de entrar en la lengua y hábitos del Norte con más facilidad y rapidez que los del Norte en las civilizaciones ajenas. Los cubanos viriles y constructores son los únicos que verdaderamente sirven a la amistad durable y deseable de los Estados Unidos y de Cuba. El valor de la conducta de los hijos de la América hispana en sus relaciones con los de la anglosajona ¿cómo debía traducirse? Debía traducirse en organizar, en combinarse, en crear, en entender la libertad, en defenderla, en vivir en el ejercicio perenne del decoro colectivo.

Clemencia Chacón de Mora

OBSTETRICA Y ENFERMERA

Recomendada por competentes y distinguidos facultativos. Ofrece sus servicios profesionales. 75 varas al Sur del "Instituto Bíblico"

INDICE



15 LIBROS QUE LE INTERESAN

Ignacio Montes de Oca y Obregón: *Poetas bucólicos griegos*. Pasta.............. ₡ 4.00
Cornelio Tácito: *Los anales*. 2 tomos pasta. 8.00
Rabindranath Tagore: *El jardinero*. Pasta... 4.00
La Rochefoucauld: *Máximas y sentencias morales*.............. 2.00
Manuel Díaz Rodríguez: *Sangre patricia*. Novela.............. 3.25
Manuel G. Prada: *Bajo el oprobio*....... 3.00
Benjamín Jarnés: *Viviana y Merlín*...... 3.00
José Ortega y Gasset: *La redención de las provincias y la decencia Nacional*. Artículos de 1927 y 1930.......... 3.00
Eugenio D'Ors: *Oceanografía del tedio*.. 3.50
Jose Rafael Pocaterra: *Vidas oscuras*. Novela.............. 3.25
Porfirio Barba Jacob: *Rosas negras*..... 3.00
José Ortega y Gasset: *España invertebrada*. 3.00
Gabriela Mistral: *Desolación*........... 5.00

Solicítelos al Admor. del *Rep. Am.*

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X
Suscrición mensual: ₡ 2-00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—*José Martí.*

Representante en Hispanoamérica:
Alfredo Piñeyro Téllez
EXTERIOR: { El semestre, $ 3.50 / El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

El hombre solo

(Cuento)

= *Colaboración.* Ilustración del autor =



El hombre solo encendió su pipa y se acomodó en el pesado taburete junto a la puerta.

Como la tarde estaba llena de peregrinos colores, el hombre solo miró la tarde.

El hombre solo tenía calloso el corazón y la cabeza ociosa.

Sobre el perfil de la colina, con un fondo bermellón, pasaba un hombre a caballo.

El hombre solo ya no miraba la policromía de la tarde. Recordaba.

Luego entró la noche azul, y quedó callada la cerranía toda. Se había echado a dormir muy temprano.

Un gallo agitó las alas y prolongó su canto; contestó el cacareo soñoliento de algunas gallinas; después... nada.

El hombre solo se llamaba Sebastián.

Sebastián tenía muchas hectáreas en la cerranía, muchas yuntas de bueyes y muchos potros; también tenía muchos años.

Sobre el perfil de la colina había pasado un hombre a caballo.

Sebastián lo había visto, y a empellones, un millar de recuerdos empezaba ahora a protestar dentro de su cráneo.

Mucho tiempo hacía, miriadas de años, que no removía su conciencia, que no se asomaba al brocal de su alma echada en olvido, de su alma, que ya no era manantial; que no se contaba lo que había vivido, lo que había trabajado, lo que había hecho por hacer dinero, y ahora no comprendía para qué.

Sintió la noche temprana toda llena de reproches; una de esas noches que dicen en voz baja, al oído y sin piedad, que al corazón se le han hecho arrugas.

Sobre el perfil de la colina, había pasado un hombre a caballo. Cuantas veces la tarde en bermellón lo divisó cabalgando sobre el perfil de aquella misma colina. Iba a decirle sus amores a una muchacha, bonita como una salida de misa mayor en pueblo de fiesta patronal. Entonces llevaba una chaqueta con el color de las chaquetas viejas, y roto el sombrero de palma, y desnudos los pies, y en el pecho un corazón que ya no le cabía.

En aquellos días todos los árboles tenían miel en la savia, y todos los ríos pregonaban su agua fresca. Sebastián tenía con azul de montaña la cabeza, y con agujeros los bolsillos. Su alma reclamaba la comprensión de otra alma, y su vida la continuación en otras vidas, y su cuerpo quería reposo en el reposo de las alegrías hogareñas.

—¿Me aguardás mientras tenga como?

—Pero abreviate, que te quiero mucho.

Entonces Sebastián se había propuesto hacer dinero, y había trabajado lleno de privaciones, lleno de fortaleza, lleno de ilusiones, y haciendo plata se había hecho viejo.

Frente a la casa había una piedra, grande y dura como una pena.

Y mientras se hacía viejo se fué haciendo duro, poco a poco. Primero fué una esperanza, después una ambición, y a la postre un egoísmo que se le hincó en la cerrazón de su alma, que ya no era manantial.

Ahora, por una reminiscencia estaba viendo, y viendo tanto, que creyó una amenaza la oscilación de un árbol.

Luego fué patrón.

A cambio del salario escaso habían trabajado los peones, a cambio del pasto los bueyes y los potros, y en derroche de primicias, agradecidos por la tierra removida, lo habían enriquecido los cafetos y los cañaverales. Sebastián había regateado a la naturaleza el valor de los productos, había sacado abundante provecho a la fuerza de otros hombres, sobre la tierra dura. Y en la ceguera pasional de su ambición por enriquecerse, sus mejores años se marchaban, como una fila de hormigas, llevando cada una su pedacito de hoja verde.

Tras de la casa pasaba un río hondo como un remordimiento.

Tanto quiso para él, que había exprimido del hombre y de la tierra toda su energía, como el menesteroso exprime hasta la última gota la ubre de una vaca vieja.

Sebastián se estaba dando cuenta de que se había segado en una vorágine loca de ambiciones, que había sido despiadado con su vida y con la de otros en provecho de nadie. Y con esta revelación acababa con el último pedazo de ternuras, que no se sabe por qué, había quedado como un rescoldo ignorado entre su corazón donde hubo una vez luz y calor.

De nuevo el gallo prolongó su canto.

Sebastián cerró la puerta y pasó el cerrojo.

Afuera el viento, que empezaba a correr helado, pasaba su filo entre las axilas de los árboles.

—En verdad que m'hecho viejo, si m'he estao pensando tonteras tuitica la noche.

Pasó el cerrojo y se metió en la cama.

—En verdá que m'hecho viejo...

Y se quedó dormido.

Sobre el perfil de la colina, había pasado un hombre a caballo.

Carlos M. Salazar

San José, Costa Rica.
Marzo de 1934.

INDICE



NUEVOS LIBROS

Ramón Pérez de Ayala: *Los trabajos de Urbano y Simona.* Novela .... ₡ 3.50
Luis López de Mesa: *Introducción a la Historia de la Cultura en Colombia.* 6.00
Leonidas Leonov: *Edificación.* (La novela de la edificación del socialismo en Rusia). 4.50
Román Rolland: *Vida de Vivekananda.* Ensayo acerca de la mística y la acción de la India viviente.................... 3.50
Julia Peierkin: *El pecado rojo.* Novela .. 3.75
Pedro Prado: *Un juez rural.* Novela 4.00
Adam Scharrer: *Gentes sin patria.* Novela. 3.50
Pedro Salinas: *Fábula y signo*.......... 4.00
Rodolfo Rocker: *Artistas y rebeldes.* Escritos sociales.......................... 4.00
Ernst F. Löhndorff: *Africa llora.* (Jornadas de un legionario)..................... 4.25

Solicítelos al Admr. del *Rep. Am.*

INDICE

ENTERESE Y ESCOJA:

John Reed: *Hija de la revolución y otras narraciones* ....₡ 3.50
Fedor Rechetnikof: *Los aldeanos de la Pollinaia.* (La vida cruel de los sirgadores rusos)................................ 3.50
Sinclair Lewis: *Calle mayor. Historia de Karol Kennicott.* Novela............. 4.00
Salvador de Madariaga: *Arceval y los ingleses.* Juicios póstumos sobre Inglaterra que escribió Julio Arceval.............. 3.50
Preobrayensky: *Anarquismo y comunismo.* Un libro de polémica. Un libro demoledor.................................. 2.50
Pedro Prado: *El llamado mundo*........ 3.50
Salvador de Madariaga: *Semblanzas literarias contemporáneas*................ 3.00
G. Martínez Sierra: *Tú eres la paz*..... 3.50
María Leitner: *Hotel América.* Novela.... 4.25

Solicítese al Admor. del *Rep. Am.*

Imprenta «LA TRIBUNA»